

AÑO VII — GUADIX (GRANADA) 30 DE SEPTIEMBRE 1923. — NÚM. 81

ESCLAVA Y REINA

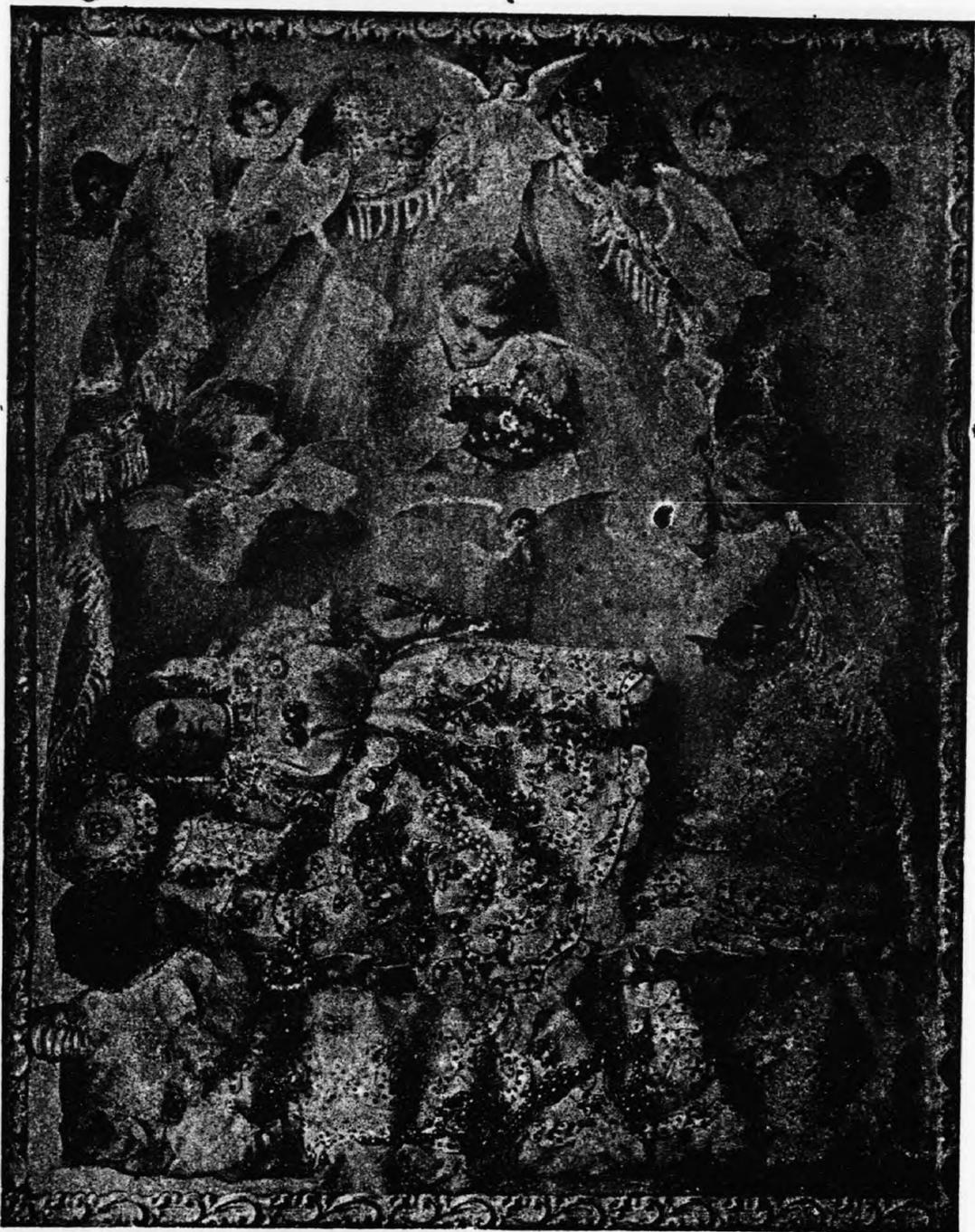
REVISTA
MARIANA



Director: M. I. Sr. D. Francisco Salvador, canónigo
Censor: M. I. Sr. D. Juan de Dios Ponce, Lectoral



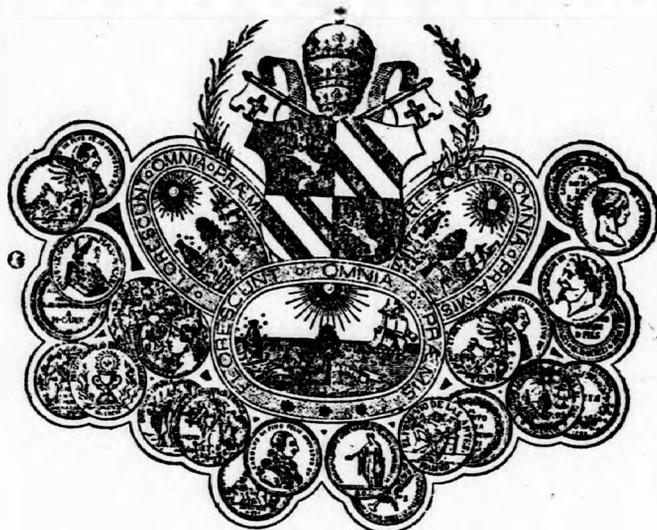
PUBLICACION
MENSUAL



DIVINA INFANTITA, RUEGA POR NOSOTROS

SUMARIO

	<u>Págs.</u>	<u>Págs.</u>
La Verdadera Devoción a la Santísima Virgen	257	
Al pueblo español.	262	
Sección de Teología Moral	269	
La Cuestión Social y San Francisco de Asís	273	
Nuestra primera novena en Africa	290	



FÁBRICA DE ORNAMENTOS PARA IGLESIA

Fundada en 1820

CASA GARIN

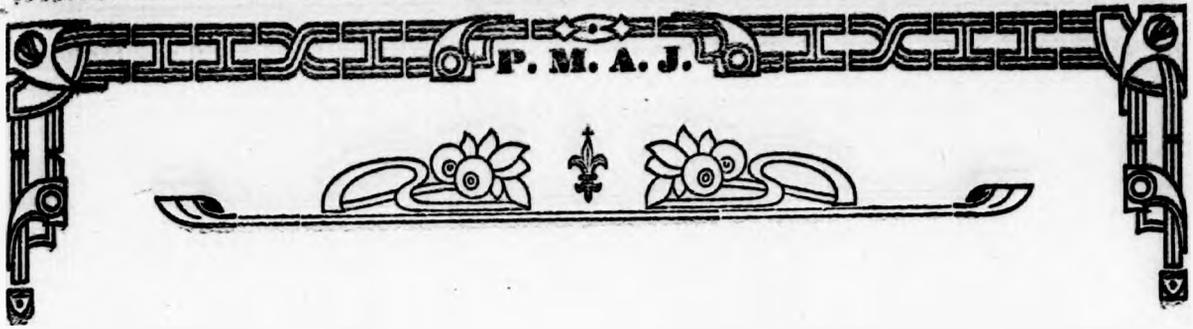
Esta casa es la más antigua de España por lo que más acredita a su numerosa clientela, la confianza en sus productos: en tejidos de seda, oro y plata, toda clase de tejidos especiales, bordados desde lo más sencillo a lo más rico, garantizado en calidad.

Se restauran ornamentos antiguos

PASAMANERÍA, ENCAJES, TAPICERÍA, IMAGENES Y METALES

Remite gratis catálogos, muestras y presupuestos.

MAYOR, 33.—MADRID



La Verdadera Devoción a la Santísima Virgen

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO III

Artículo V

Quinto motivo.--Esta devoción conduce a la unión con Dios

§ III. — Es camino perfecto

HEMOS evidenciado hasta aquí, cómo la verdadera devoción a María es camino *fácil y corto* para transformarnos en Jesús, tócanos ahora dilucidar, como sea también camino *perfecto*.

Las razones en que funda nuestro celosísimo Vidente montfortiano la verdad de la perfección de la Esclavitud a María para santificarnos son fundamentales y sencillas, según es su modo ordinario de exponer y raciocinar. Helas aquí: 1.^a Por ser María la más perfecta de todas las criaturas. 2.^a Por ser el camino por el cual ha venido Jesucristo a nosotros y El ha venido de la manera más perfecta 3.^a Porque el Altísimo se ha abajado hasta nosotros, mediante Ella y el Incomprensible se ha dejado comprender en el seno de María y el Inaccesible se ha acercado a nosotros con la unión más íntima que es la personal o hipostática por María, con María, en María y para María y, en fin, porque Aquél que *es* ha querido venir al que *nada es* y hacer que el que nada es, se haga Dios o Aquél que es. En estas solidísimas razones fundado, acaba el número 176, y, por el último, el venerado maestro de Montfort, anotando la razón suma de toda la perfección enseñada por la Esclavitud Mariana, con estas palabras, que transcribimos por adelantado, porque cuantas veces sean, repetidas serán pocas, para lo que las debe tener presente todo esclavo, Dice así: «Así mismo, aunque nosotros nada seamos, por María nos

podemos hacer semejantes a Dios, por la gracia y la gloria, DÁNDO-NOS A ELLA TAN PERFECTA Y ENTERAMENTE, que en nosotros nada seamos y en Ella LO SEAMOS TODO, SIN TEMOR DE ENGAÑARNOS.» Este solldísimo y sencillo número 176 a la letra reza así:

«Esta práctica de devoción a la Santísima Virgen es un camino *perfecto* para ir a unirse con Jesucristo, pues esta divina Señora es la más perfecta y más santa de las puras criaturas, y Jesucristo, que ha venido de la manera más perfecta a nosotros, no ha tomado otro camino en tan grande y admirable viaje. El Altísimo, el Incomprensible, el Inaccesible, el que *es* ha querido venir a nosotros, gusanillos de la tierra, que nada somos. Y ¿cómo se ha verificado esto? El Altísimo ha bajado perfecta y divinamente, por medio de esta humilde Virgen, hasta nosotros, sin perder nada de su divinidad y santidad; y por María es por donde los pequeñuelos debemos subir perfecta y divinamente al Altísimo, sin temer nada. El Incomprensible se ha dejado abarcar y contener perfectamente por la humilde María, sin perder nada de su inmensidad; y por esta misma humilde María es por la que debemos dejarnos contener y conducir perfectamente sin reserva alguna. El Inaccesible se ha acercado, se ha unido estrecha, perfecta y hasta personalmente a nuestra humanidad por María, sin perder nada de su Majestad; y por María es por quien nosotros nos hemos de acercar a Dios y unirnos a su Majestad perfecta y estrechamente, sin temor de ser rechazados. En fin, Aquel que *es* ha querido venir al que nada es, y hacer que el que nada es, se haga Dios o Aquel que es; y esto lo hace perfectamente, dándose y sometiéndose del todo a la tierna Virgen María, sin dejar de ser en el tiempo Aquel que es de toda la eternidad; asimismo, aunque nosotros nada seamos, por María nos podemos hacer semejantes a Dios, por la gracia y la gloria, dándonos a Ella tan perfecta y enteramente, que en nosotros nada seamos y en Ella lo seamos todo, sin temor de engañarnos.»

El número que sigue, el 177, es de los que sirven de piedras miliarias en el incomparable libro de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen; es de los que están escritos con encendida pluma flameante de caridad y con lúcidas inspiraciones de profeta; con preferente amor a María, sobre todo amor a las criaturas visibles e invisibles, con la intensidad de loco enamorado y con la penetración avizorante de experto vigía de los siglos venideros.

«Denme a mí un camino nuevo para ir a Jesucristo, exclama, con la firmeza del invencible amor, el bienaventurado Luis María Grignon, el cual esté enlosado con todos los méritos de los bienaventurados, adornado con todas sus virtudes heroicas, esclarecido y hermozeado con todas las luces y bellezas de los ángeles y en el cual estén todos los ángeles y santos para conducir por él, defender y sostener a aquellos y aquellas que quisieran ir por él; en verdad, en verdad me atrevo a decir, y digo lo que siento, que, antes que ir por este camino tan perfecto preferiría ir por el camino inmaculado de María: *Posui immaculatam viam meam* (1); vía o camino sin mancha ni falsedad, sin pecado original ni actual, sin sombras ni tinieblas.»

(1) Ps. XVII, 33.

Palabras que saben a las de S. Pablo cuando hablaba del amor de Cristo en comparación con el de todas las demás criaturas. ¿Quién separará a nuestro bienaventurado del amor a María? ¿Quién le hará seguir otro camino que no sea el señalado por la Esclavitud a Jesús en la Santísima Virgen? ¿Quién le arrancará de los brazos de su Reina y Señora, en donde ha hecho su mansión y en donde vive aprisionado con suaves ligaduras de indestructible amor mariano? Ni los más esclarecidos santos ni los más amados de él ni todos los santos juntos ni todas las jerarquías celestiales serán bastante a deslumbrarlo con sus luces ni a cautivarlo con su caridad; nuestro bienaventurado irá siempre por el camino que le señale María con su dedo purísimo, alentado con las sonrisas de sus labios virginales y confortado con los sacrificios, hijos del más encendido amor divino que han contemplado y contemplarán los siglos y la eternidad. La Inmaculada es la perfecta conductora, defensora y sostenedora de aquéllos y de aquéllas que en la segunda venida o triunfo de Jesús en el mundo lo vuelvan a recibir de manos de María, porque Ella es la que nos lo trajo y dió la primera vez y Ella es la que nos traerá y dará también la vez segunda.

Dichosos nosotros los que hemos llegado a este siglo de apostasía universal, de abandono del pueblo de los caminos de Cristo, de socialismo, de anarquismo, porque, si horribles son los crímenes y vicios que en las naciones más cristianas contemplamos, hermosos son también los fulgores de luz que el amor mariano esclarece y que brillan, en el horizonte de la Iglesia Católica, como aurora que suave esparce sus luces sobre las más fervorosas almas, anunciando el nuevo reino de Cristo del que evidentemente es precursor el reino de María, la que fué como de nuevo concebida para el mundo al declarar dogma la Inmaculada Concepción de María el inmortal Pío IX en las inaccesibles excelsitudes de la Silla de Pedro, en tiempos tan impíos como turbulentos y que dieron por fruto la universal deserción de la fé cristiana que hoy padecemos.

Pero María fué concebida infaliblemente inmaculada por la Iglesia Docente y todos los fieles cantaron llenos de admiración el misterio de la santidad personal de la que fué así formada para que fuera digna Madre del Verbo divino hecho hombre, y ese perfecto conocimiento y ese entusiasmo desbordado con que el mundo católico siente la Concepción sin mancha de María llevará a los católicos a sentir también la fuerza reparadora de ese dogma amadísimo y los conducirá a practicar las virtudes de María inmaculada, que nosotros nos atrevemos a sintetizar diciendo que a la Mujer sin mancha hay que imitarla en su cualidad de *Esclava del Señor*. Y entonces, cuando nosotros seamos verdaderos esclavos, dándonos a Ella perfecta y enteramente, entonces, repetimos, será la hora de sentir igualmente la fecundidad de nuestras almas para engendrar a Cristo en los corazones que lo han olvidado, y hacer que El reine en el mundo todo por María que fué concebida inmaculada y nació inmaculada y vivió inmaculada en la más perfecta esclavitud a la voluntad de Dios Trino y Uno Creador, Redentor y Glorificador de los ángeles y de los hombres.

Saboreemos una vez más el espíritu divino de profecía que atesoró nuestro Profeta en el mismo número 177 que meditamos!

•Y si mi amable Jesús con toda su gloria viene otra vez al mundo (como es cierto que ha de venir) para reinar en él, no hará su venida por otro camino que por el de la Virgen María, por el cual tan segura y perfectamente vino a nosotros la vez primera. La diferencia que habrá entre una y otra venida es que la primera fué secreta y oculta y la segunda gloriosa y resplandeciente; pero las dos son perfectas, porque las dos quedarán realizadas por María. ¡Ah! He aquí un misterio que no se comprende todavía: *Hic taceat omnis lingua.*»

Y, en efecto, calló nuestro bienaventurado, con la profunda veneración del que es sobrecogido por divinas lumbres, que le hacen ver un futuro de gloria que no alcanza a describir, y absorto quedará en esa contemplación de lo que ni el ojo vió ni el oído oyó, y en ella viviera eternamente repitiendo *bonum est nos hic esse*. Y, sobre haber callado el mariano Vidente, en el fondo de un baúl quedó olvidado, casi siglo y medio después de haber sido escrito este celestial tesoro de la Verdadera Devoción, y por esta causa callaron todos los que podían haberse hecho ecos de estas divinas inspiraciones marianas que daban el fundamento de la restauración del Reinado de Cristo en el mundo y cantaban la gloria de esa segunda aparición de Jesucristo en las naciones mediante la nueva aparición en la tierra de la divina María, revestida de toda la magnificencia con que la Ciudad de Jerusalén, veinte veces secular, podía vestir al *Gran Signo* que aparecía en el cielo, a la Mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada de doce estrellas.

Para que la fé en Jesucristo renaciera en el mundo dió el inmortal Pío IX el decreto dogmático de la Concepción Inmaculada de María, y porque este dogma gloriosísimo para la Reina de los ángeles es antídoto de todos los venenosos errores que inficionan las verdades de la fé y el fundamento de todas las virtudes que se deben practicar en estos tiempos, ha enseñado el no menos santo Papa Pío X que lució tan amado dogma en el cielo de la Iglesia Católica. Y porque esta nueva aparición de María había de ser gloriosa y resplandeciente a diferencia de la primera, que fué oculta y secreta, por eso el acto de la definición de este dogma revistió tan extraordinaria pompa e insólitos caracteres que no recuerda la misma Iglesia Docente otro hecho que le aventaje en esplendor. Y si a la expectación del mundo todo se atiende, nos convenceremos de que sólo movido por extraordinario impulso de Dios pudieron y pueden moverse los pueblos a glorificar con tan inusitado entusiasmo las fiestas de la Concepción Inmaculada de María desde la hora en que Pío IX declaró esta verdad dogma de fé.

No callen nuestras lenguas. Cantemos nosotros la segunda gloriosa aparición de María en el cielo de la verdad y de la santidad. Verdaderos amante, de María, suenen vuestras voces en torno de la catedral de Pedro, amad al Papa y entonad loores en su honor, él ha hecho aparecer gloriosa a la Madre del Verbo divino, cuando la Santísima Virgen había sido más menospreciada y hasta reducida a la

condición de una mujer cualquiera, circundándola con la singularísima aureola de la Concepción en gracia, a ninguna otra pura criatura concedida.

Esclavos de María, regalaos y alabad incesantemente a la Santísima Virgen que ha sido concebida para luz de nuestra fé sin la mancha del pecado primero, y ha nacido sin mancha y os pide una cuna limpia en vuestros pechos para habitar en vosotros y enseñaros a ser fidelísimos esclavos de Dios y así enseñaros a engendrar y a nutrir en vuestros corazones y en los de vuestros hermanos al Rey Sacramentado.

Dichosísimos esclavos de la Divina Infantita, no calléis. ¡Cantad, cantad! y enajenados de amor reposad en la purísima Cuna de la divina Niña y, desde élla, volad al Sagrario en donde os espera Jesús para fortaleceros con el adobado vino que hace héroes a los verdaderos niños que son los verdaderos humildes

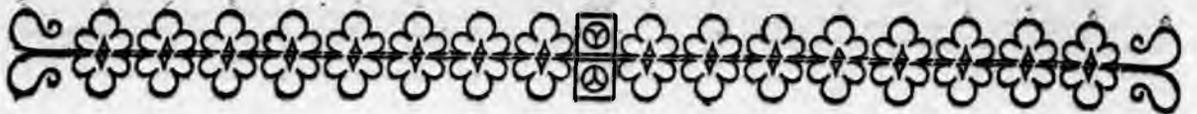
¡Gloria a María que por segunda vez nace gloriosa al mundo para que reine por segunda vez Jesús en las almas!

Un Esclavo

CATEGISMO DE ADULTOS

Dado el interés demostrado por Su Santidad en su reciente *motu proprio* acerca de la enseñanza de la doctrina cristiana a los adultos, y convencidos de que las pláticas doctrinales para este fin de D. Francisco Salvador ayudarán mucho a los párrocos para el cumplimiento de esta gravísima obligación, nos hemos decidido a publicar urgentemente el primer tomo de dichas pláticas, el cual contendrá la explicación del Credo.—Costará en rústica **cinco pesetas** más gastos de correo y certificado.

Las disertaciones de hora para oposiciones a canongías, sobre tesis deducidas del Maestro de las Sentencias también empezaremos a publicarlas, D. m. bien pronto. Entre tanto pueden utilizar las disertaciones que publica la revista **ESCLAVA Y REINA**.



EXPOSICIÓN QUE HAN DIRIGIDO LAS CORPORACIONES Y SOCIEDADES DE MELILLA

AL PUEBLO ESPAÑOL

Melilla es España

CINCUENTA mil españoles que en el estrecho recinto del territorio de soberanía de Melilla hemos adquirido por voluntad propia o por designio de la providencia, carta de naturaleza, nos dirigimos hoy a nuestros hermanos de la Península con la conciencia depurada y el corazón limpio, para que la verdad se instaure en el pensamiento nacional y se haga luz en las inteligencias oscurecidas por las torpezas de nuestros políticos y sepan todos a qué atenerse sobre el trascendental problema de la intervención de España en Marruecos.

Fundidos en el alveolo central del reducido núcleo melillense que con honrosa tradición heredaron de padres a hijos las virtudes de los que durante centurias convivieron y lucharon con la guarnición de la plaza, contra los mil ataques de la morisma; profesores, ingenieros, médicos y abogados, comerciantes, agricultores, industriales y obreros que vinieron a estas tierras en diversas épocas, no como el detritus de la sociedad española sino como los representantes legítimos de ella; unos a servir al Estado, otros a servir los intereses económicos de la metrópoli y todos a servir a la Patria, en unión de los que al cumplimiento de sus deberes militares los sorprendió en esta ciudad el retiro o el licenciamiento y a los numerosos familiares de los que perdieron su vida en los campos de batalla, forman esta ciudad tan española, en la que habiendo dejado al arribar a sus playas los odios seculares que desintegran y disocian a la nación, dividiéndola en castas de militares y paisanos, productores y consumidores, patronos y obreros, contribuyentes y servidores del Estado, han sabido ante la presencia de un enemigo común olvidar lo que les separaba para fundirse en un lazo estrecho, por la unidad de sus ideales y el sentimiento de la nacionalidad.

En la totalidad de nosotros existe al lado del sentimiento vigoroso de la ciudadanía adquirido en estas tierras, el vivo recuerdo del lejano rincón provinciano, donde tuvimos nuestra cuna y al que nos li-

ga los lazos de la familia y de los bienes raíces. Por ello al ser y honrarnos en ser melillenses, no hemos perdido nuestra patria potestad y damos el ejemplo vivo y fecundo de la íntima fraternidad hispana, castellanos y aragoneses, gallegos y vascos, levantinos y andaluces, catalanes y asturianos sin que deje de existir un rincón de la península Ibérica que no tenga como delegado de ellas uno o varios de sus hijos en Melilla.

Melilla no quiere la guerra

Melilla no es una secreción de España, es una floración de la raza en tierras africanas. Melilla siente, como las demás ciudades de la península, todos los dolores y amarguras de la Patria, pero aquellos que se derivan de la guerra los siente con más intensidad, porque los presencia directamente.

Cada vez que los aires del Oeste hacen vibrar en nuestros oídos el estruendo de los cañones y el crepitante sonido de los fusiles, la pena anonada los espíritus, la congoja entorpece las respiraciones, porque sobre el dolor colectivo que sufrimos como españoles, tenemos el dolor individual, del familiar o del amigo que en aquellos momentos pone su pecho como escudo a las balas de los rebeldes, y del espectáculo trágico e inenarrable de los hospitales de sangre y de las conducciones de cadáveres que van a hallar el piadoso descanso en la necrópolis de la ciudad.

¿Puede Melilla desear la guerra? ¿Podemos los melillenses gozarnos en el espectáculo desolador de las luchas cruentas y de las horas y los días de zozobra, cuando las balas enemigas cruzaban por encima de nuestros hogares?

Melilla no es una ciudad de capitales en que el oro se amontona. Este sólo se amasa en la metrópoli, en la capital de la nación. Aquí sólo viven los que realizan el milagro de afianzar su propia existencia y la de la ciudad con el penoso y perseverante esfuerzo del trabajo de todos los días; aquí el comerciante y el labrador, el obrero y el industrial, son gentes modestas que un exceso de trabajo y un criterio de economía y de orden las ha puesto en condiciones de realizar el milagro de erigir esta ciudad bella y alegre que tiene más de americana que de europea.

Aquí ha fructificado el esfuerzo de esos levantinos y meridionales que realizaron el portentoso milagro de dar a Francia el Oranesado y a la América española multitud de riquezas.

Los grandes proveedores e industriales de la guerra, no es en Melilla donde están, y los que afirman que existen, es para desviar la atención del país de esa legión de políticos que malgastan las energías españolas y que, con su desacierto, llevan a la ruina a la nación, en este y en el otro lado del Estrecho.

Aquí podríamos citar los casos, por desgracia numerosos, de beneméritos españoles que con su honrado esfuerzo en campos de Argelia levantaron una fortuna y deseosos de librarse de la tiranía de unos gobernantes extraños y de un ambiente hostil, vinieron a colonizar estas tierras del Rif con sus familias y en el año 1921, no solo perdieron sus fortunas, sino que rindieron también sus vidas a la Patria.

Desconocimiento de la realidad

Un sentimiento íntimo de ejemplaridad nos ha mantenido hasta este momento, callados y disciplinados ante los desaciertos de los Gobiernos, para no desprestigiar con nuestra protesta la autoridad de ellos ante los indígenas, pero tales y de tal naturaleza son los actos que vienen realizando sobre nuestra intervención en Marruecos con un desconocimiento absoluto de las realidades de este problema, que de seguir permaneciendo callados nos haríamos cómplices del delito que ellos cometen con la Patria.

Nuestra convivencia y vecindad con los indígenas nos da un conocimiento exacto de su psicología, caracteres y costumbres y de él nace nuestro convencimiento, de que el único medio posible que tiene España para cumplir el mandato de Europa en estas tierras, es el de imponer por la fuerza la autoridad del Majzen a las kabilas que no lo acepten de grado y una vez sometidas, desarmarlas.

La civilización en el Rif

El Rif, región oriental de nuestro protectorado, casi en su totalidad poblado de bereberes, se ha caracterizado desde los tiempos más remotos por no reconocer autoridad alguna fuera de las yemaas, juntas o comunidades kabileñas, en las que, o por el valor personal o por la preponderancia que les daba una familia muy numerosa se erigía en jefe el más fuerte. Sus proverbiales condiciones de sobriedad y vigor y sus actos de rapiña y de luchas constantes entre fracciones vecinas les hacen desde su infancia hábiles y sagaces guerrilleros en los que resplandece aun más que el valor, la astucia. Pero en el momento en que sienten la superioridad del vecino en términos indubitativos, el león se convierte en cordero, y la rebeldía en obediencia, siempre dispuestos a aprovechar la primera oportunidad que consideren propicia para pasar de vasallo a señor.

Esta es la historia proverbial del rifeño desde los tiempos más remotos; raza que no se asimiló de la árabe más que el fanatismo religioso, porque es indiscutible que la civilización esplendorosa del pueblo musulmán en el siglo onceavo de nuestra era no dejó rastro de su paso por estas tierras, en donde no se encuentra ningún vestigio de ciudad ni de arte.

Este estado de atraso y de salvajismo hace más vergonzoso el espectáculo de que en el siglo XX una nación europea de veinte millones de habitantes se estrelle ante un pedazo de tierra de unos cuantos miles de kilómetros cuadrados y con una población que no llega a medio millón de almas.

Dolorosa experiencia

Los sentimientos de cordialidad y de efusión característicos de la sociedad cristiana no existe entre estos rifeños y buena prueba de ello son las horribles crueldades que cometieron con hombres, mujeres y niños en los días luctuosos del desastre y que tan pronto hemos olvidado.

Tenemos el deber de hacer llegar hasta los últimos rincones de

la península Ibérica el derroche de caridad que tuvo la ciudad de Melilla durante el verano del año 1921 hasta el día antes del derrumbamiento de Annual.

La naturaleza implacable con el indígena por una sequía pertinaz de tres años consecutivos, había llevado el hambre y la miseria a todo el Rif; legiones de mujeres y de niños indígenas pululaban por las calles de Melilla removiendo los excrementos de las caballerías para extraer el grano de cebada no digerido y en las puertas de las casas las mujeres españolas de todas las clases sociales llevaban el pan y el condimento a aquellos desgraciados. La autoridad fué pródiga en el reparto de semillas y la moneda de cobre fluía de los bolsillos de los melillenses a las manos de los pequeños indígenas para aplacar el hambre y la miseria.

Bastaron unas horas, las que el destino nos reservó para lanzarnos al más doloroso de los desastres para que aquellos mismos seres que pruebas tan recientes y fehacientes tenían de nuestra caridad y de nuestro trato sencillo y afectivo, se convirtiesen en fieras que asesinaban a indefensas mujeres, niños y paisanos y que cometían las crueldades de Nador, Zeluán y Monte Arrui.

¿Después de esta dolorosísima experiencia, es posible que los melillenses sigamos creyendo en los medios de persuasión para inducir a los contumaces rebeldes a la vida de armonía, de paz y de trabajo?

No ha sido esta sola la amarga lección que la realidad nos ha dado.

Después de la reocupación del territorio en que dejándonos arrastrar de un sentimiento de benevolencia rayano en la insensatez, acogimos con los brazos abiertos a millares de asesinos de nuestros hermanos, y tras un largo periodo de tiempo de preconizar y poner en práctica procedimientos de amistosa persuasión; a raíz de la famosa carta política que dirigió el amel del Rif por inspiración de la Alta Comisaría y del Gobierno a las kábilas sometidas e insometidas, brindándole toda clase de beneficios, suplicándoles que manifestasen las carreteras, caminos de hierro, escuelas, dispensarios, etc. etc., que deseaban para otorgárselo en plazo breve; cuando nuestras tropas tenían la orden terminante de no disparar hasta el extremo, de sufrir pacientemente constantes agresiones de los rebeldes, vinieron los formidables ataques de la harka de Abd-el-Krín a proporcionarnos las sangrientas y gloriosas jornadas de Tizzi Asa, en las que nos dejaron en cuadro las tropas más aguerridas de nuestro Ejército.

Otros mil testimonios podríamos aportar para justificar ante la opinión pública nuestro honrado y leal pensamiento, de que solo en Marruecos puede estar España y desarrollar su política de paz y de protectorado; después de haber impuesto su autoridad o la del Majzen por las armas, hasta convencer a los indígenas por la fuerza de los hechos, de nuestra indiscutible superioridad.

Si nosotros viviéramos de los despojos de la guerra, veríamos con placer las normas de gobierno que la hace indefinida, aunque exista la amenaza perenne del golpe decisivo y terrible que nos hundirá definitivamente en otro y último desastre.

El último procedimiento

Precisamente, la prueba más fehaciente de que somos enemigos de ella y que deseamos la inmediata terminación de la guerra, es la de que defendemos el único procedimiento que hay para conseguirlo.

Este es: una acción militar rápida, enérgica y decisiva que someta a la autoridad del Majzen a los Beni-Urriaguel, contumaces provocadores de la guerra.

El desarme absoluto y completo de todas las kabilas que reconozcan la autoridad del Jalifa y

Una política y una administración honorables con orientaciones fijas, independientes de los cambios de gobierno de la metrópoli.

Prensa y políticos que se obstinan en engañar al país y desorientarle, haciéndole creer que pueda existir a este lado del Estrecho por parte del pueblo y del Ejército un interés bastardo en sostener la guerra en nuestra zona de protectorado, obran insensatos como si fuesen agentes incondicionales de intereses extraños o estuviesen vendidos al oro del colonismo extranjero, para el que pudiera tener un valor imponderable el que nuestros desaciertos nos condujese o entregarles con el litoral mediterráneo de Marruecos y especialmente con Alhucemas, el dominio absoluto y la máxima capacidad de producción de todo el antiguo Imperio de Marruecos.

En la hora decisiva

No somos nosotros los llamados a juzgar la transcendencia que puede tener para la vida de España en el porvenir un final desastroso y vergonzoso, pero sí tenemos perfecto derecho como españoles a llamar la atención de nuestros hermanos de la península en esta hora decisiva y crítica de España, y preguntarles:

¿Qué responsabilidades debe exigirse a esos políticos que nos gobiernan y que firmaron el acta de Algeciras y el tratado con Francia de 1912 si no llevan a feliz término nuestra intervención en Marruecos?

¿Se puede contraer un compromiso ante el mundo entero que no podamos cumplir y que destruya nuestro prestigio, sin haber medido antes nuestra capacidad militar técnica y económica, para no dar un vergonzoso espectáculo ante Europa?

¿Es que la obra de nuestra intervención en Marruecos es superior a la potencialidad de España, o es la incapacidad de nuestros gobiernos la que la convierte en irrealizable?

Los únicos juzgados

Y ya que hablamos de responsabilidades, hemos de llamar también la atención de España entera de que hasta este momento sólo aquí, en tierras de Melilla, se han exigido, y con tal dureza, que ha llenado de dolor nuestros corazones:

Jefes y oficiales con los que convivimos en lazo de amistad antes de la catástrofe, honrados de estrechar sus manos porque su historia pasada estaba llena de leales y valerosos servicios a la patria, han sufrido por propio o ajenos errores el fallo inexorable de la justicia y los hemos vistos exonerados de sus jerarquías, en la miseria, caminando

de la prisión, que para la mayoría de ellos ha de ser antesala del sepulcro.

Reverentes con la justicia y deseosos de que su ejemplaridad fuese fructífera para España, hemos sacrificados los sentimientos del afecto, dominando los impulsos que nos inclinaban a elevar voces de clemencia y de perdón para estos desgraciados.

Avisos enérgicos

En la conciencia de todos los melillenses está que esa acción rápida y decisiva de las armas que todos deseamos, precisamente para que desaparezca el cuadro doloroso y desgarrador de la guerra, no había de ser más cruentas que esta política desdichada que tanto bochorno nos ha producido.

Nuestros más prestigiosos generales y las figuras más preeminentes de nuestro Ejército de reconocida e indiscutible capacidad militar, así nos lo afirman y nosotros sinceramente lo creemos.

El Ejército, que es la nación en armas, no puede cumplir su misión, mermándoles prestigios, escatimándoles elementos y sobre todo obligándole a que su moral se deprima en los combates cruentos sin objetivo, a merced de la iniciativa del enemigo; desgastándose y perdiendo la casi totalidad de sus efectivos de choque, fuerzas admirables de espíritu y eficacia, que ven se les obliga a ocultar hasta sus gloriosas cicatrices, restándoles los entusiasmos que en todos los sitios y en todas las épocas, ha dado y dá la acometividad y el impulso voluntario de salir oportunamente a desbaratar los preparativos guerreros del enemigo, batiéndolo con la continuidad y eficacia que dictan los más elementales principios de la guerra, para no dar lugar como ahora, a que se reponga de los reveses, anulando por completo la superioridad que nos dá nuestra organización de nación civilizada.

Que hasta los ciegos vean venir aquí los acontecimientos, formarse y avanzar las nubes que amenaza destruir nuestra obra y que los Gobiernos mantengan contra la misma realidad, sus erróneas apreciaciones, sin acudir a evitar el peligro oportunamente, es la mayor de las desdichas que se repite una, dos, infinitas veces, sin enmienda. Y el que por afectarle directamente la responsabilidad, cumple su deber de avisar y avisa enérgicamente, no es comprendido, y así desfilan por esta Comandancia General, Lossada, Vives, Martínez Anido... preeminentes figuras del Generalato español, sin dejarles resolver el problema.

Habla la estadística

¿Sabéis cuanta sangre ha costado a nuestra Patria esta política de inactividad en la que ni una sola operación militar se ha ejecutado por nuestra voluntad ni se ha tomado una posición nueva, ni se ha repatriado un solo soldado?

En lo que va de este año 1923, las fuerzas de la Comandancia General de Melilla han tenido unas cinco mil bajas, de ellas muertos 30 jefes y oficiales y 800 soldados.

¿No creéis posible que la acción militar necesaria para someter a los contumaces rebeldes de Beni Urriaguel hubiese costado menos?

bajas de las que hemos tenido en estos ocho meses de inactividad y menos dinero del que en el mismo tiempo lleva gastado la Nación?

Para alcanzar la paz

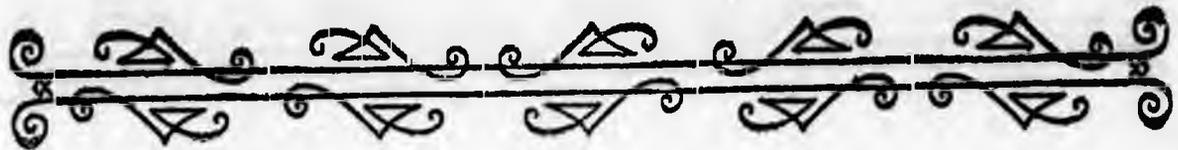
Nosotros, desde esta exposición pedimos a la comisión de responsabilidades del Parlamento que medite sobre ella y recopile el número total de bajas que ha tenido el ejército español en Marruecos desde 1909 hasta la fecha y las clasifique en dos series: una las originadas por operaciones militares debidas a nuestra iniciativa y otra por combates sufridos por la iniciativa de los rebeldes, y podrá verse como estas últimas cifras superan a la de la primera serie en notable proporción, y así quedará evidenciado de que cuando un enemigo se obstina, contra todos los propósitos de paz, en hacer la guerra, solo por las armas se consigue la ansiada y anhelada paz que todos los españoles deseamos, y nosotros más, mil veces más que vosotros nuestros queridos hermanos.

Expuesto queda nuestro leal y honrado pensamiento; si con él no conseguimos que la opinión nacional influya enérgicamente en nuestros Gobiernos haciéndoles variar con urgencia de procedimientos, presentimos un desastre de fatales consecuencias para nuestra Patria.

Antes de que llegue preferiríamos mil veces que nuestra ciudad, erigida con tan penosos esfuerzos, se hundiese para siempre en el salvajismo y en la barbarie del Rif, aún a costa del sacrificio leal de vuestros hermanos de Melilla.

26 Agosto 1923;





SECCIÓN DE TEOLOGÍA MORAL

PARTE PRIMERA

CUESTION DÉCIMA

De la conciencia perpleja y dudosa

1.º DEFINICIÓN Y PRINCIPIOS DE LA CONCIENCIA PERPLEJA.—Conciencia perpleja es qua quis inter duas leges constitutus putat se peccare tam si hanc, quam si contrariam partem elegerit: por ejemplo, si uno que asiste a un enfermo juzga que peca tanto dejando al enfermo para ir a Misa, como asistiendo a Misa, dejando al enfermo.

Quien está bajo la influencia de esta conciencia, debe suspender la acción, si puede; hasta que pida consejo, puesto que obligado está, como todos lo estamos, a evitar toda acción que pueda ser contra la ley de Dios.—Si no puede suspender la acción, como sucede generalmente, debe elegir lo que crea menos malo, de lo contrario pecaría eligiendo el mal mayor, porque demostraría mala elección y voluntad.—Si no sabe discernir cual sea lo menos malo, no peca eligiendo una u otra cosa, pues, las dos las cree igualmente buenas.

2.º CONCIENCIA DUDOSA.—Dubium, dice, Bucceroni, est suspensio assensus circa objectum apprehensum; non solum quoad specificationem, verum etiam quoad ipsum actus exercitium, quia nimirum non habetur sufficiens ratio pro alterutra parte. Quare conscientia dubia ea est, quæ hæret suspensa circa actionis honestatem, in neutram partem inclinans. Conscientia hæc, um iudicium non involvat, conscientia proprie non est, sed potius defectus conscientiæ; conscientia enim iudicium, non suspensio iudicii est. Attamen hæc iudicii suspensio conscientia vocatur, quatenus cum hac iudicii suspensione sæpe de facto agimus. Hujusmodi dubium conjungi potest cum iudicio reflexo de insufficientia motivi se rationis ad assentiendum, et tunc hujusmodi iudicium magis proprie conscientia dubia appellatur.

3.º DIVISIÓN DE LA CONCIENCIA DUDOSA.—Algunos moralistas no

traen la división de duda en positiva y negativa, tal vez, porque la duda positiva puede reducirse a la opinión, y porque, como dice San Ligorio, *dubium negativum in praxi pro nihilo habendum est*. Otros definen la conciencia dudosa positiva y negativa del siguiente modo: *dubium positivum, erit si adsunt graves rationes dubitandi, negativum, si nulla aut fere nulla est ratio dubitandi*. Pero las definiciones comunmente admitidas son las que trae San Ligorio (Lib. I; 1 n 20) «*Dubium dividitur in negativum et positivum. Negativum est quando ex neutra parte occurrunt rationes probabiles. Positivum est, quando pro utraque parte vel saltem pro una adest grave motivum sufficiens ad forinandam conscientiam probabilem, licet cum formidine de opposito; ideo dubium positivum fere semper coincidet cum opinione probabili.*»

La duda puede ser también *juris et facti*. *Dubium juris est quando dubitatur an existat lex; v. g. an jejunium tali die revera a lege præceptum sit? Dubium facti est quando dubitatur circa aliquod factum particulare, an illud cadat necne sub tali lege, v. g. an mea infirmitas talis et tanta sit, ut me a jejunii præcepto liberet.*

Dubium speculativum et practicum. Speculativum est quando dubitatur de bonitate vel malitia actionis in abstracto, seu considerata in se ipsa tantum, et ideo nos in suspenso relinquit, ut si dubitetur an pingere die festo sit opus servile, necne. Practicum est quando dubitatur, an actio singularis cum circumstantiis suis et in ordine ad finem agentis sit licita an illicita; quod ideo non versatur circa naturam actionis in se ipsa considerata, sed in ordine ad agentem, v. g. an liceat mihi in his circumstantiis constituto facere opus servile die festo.

Esta división de la conciencia dudosa la propone con más claridad Bucceroni: «*Speculativum est quo quis dubitat de rei veritate vel de licitate rei in genere, seu in universali, v. g. an pingere die festo sit opus servile. Practicum est cum quis dubitat de licitate seu honestate actionis in particulari hic et nunc exercendæ, nam secus, licet actio consideretur pluribus circumscripita circumstantiis, adhuc circa eam dubium speculativum haberi potest, si non agatur de actione exercenda et per conscientiam in præsentí dirigenda.*

4.º FUERZA DIRECTIVA DE LA CONCIENCIA DUDOSA.—La conciencia dudosa como tal no tiene fuerza alguna directiva, pues, nadie debe obrar sino con conciencia cierta acerca de la bondad y licitud de su acción y de lo contrario obraría con peligro temerario de quebrantar algún precepto, lo cual ya es pecado, aparte de que el que obra con duda comete pecado de la misma especie y gravedad esencial que si obra con conocimiento cierto del precepto o prohibición.

Es lícito obrar con conciencia especulativa dudosa siempre que pueda formarse conciencia prácticamente cierta: De lo dicho acerca de la duda especulativa y práctica se deduce que el que tiene conciencia dudosa especulativa duda si existe el precepto o prohibición, quedando la presunción en favor de su libertad; de modo que, en formando conciencia cierta práctica de que hic et nunc es lícita su acción, puede obrar, puesto que sigue el dictamen de la conciencia cierta, que es la regla de las acciones humanas. Puede obrar, decimos,

pero cuando simplemente se trate de la licitud o ilicitud de la acción, pues, no sería lícito obrar, si nuestra acción hubiera de ponerse para conseguir un efecto necesario, v. g. la validez de un sacramento, pues, si entonces, dice San Ligorio, no puede obrarse con conciencia probable, mucho menos podrá ponerse el acto con conciencia dudosa de alguna manera. Para mejor entender esto conviene darse cuenta de la certeza que basta acerca de la honestidad de la acción y de que maneras puede conseguirse dicha certeza.

5.º CLASES DE CERTEZA.—Como Torres Laguna trae muy bien sintetizado lo que hace a nuestro propósito en esta materia, nos circunscribimos a copiar literalmente su doctrina. «La certeza puede ser: metafísica, si el predicado de la proposición conviene esencialmente al sujeto, v. g. yo tengo certeza metafísica de que el hombre es animal racional. Física si se funda en las leyes físicas v. g. es cierto, con certeza física que mañana saldrá el sol. Moral, si se funda en las leyes por las que se rigen los hombres prudentes, v. g. estoy cierto que las madres aman a sus hijos.—La certeza moral se dice perfecta si la proposición no puede ser falsa, v. g. estoy cierto que todas las madres no odian a sus hijos. No hay repugnancia metafísica, ni física en que suceda lo contrario; pero estamos absolutamente ciertos de que no sucederá; es imposible, decimos, que suceda. Esta certeza se reduce a la metafísica. Se llama imperfecta si la proposición puede ser absolutamente falsa, pero rarísima vez ocurre que lo sea. Esta constancia es el fundamento, de la certeza moral, y, examinando su naturaleza íntima, se observa que su falsedad repugna a las leyes morales. Ejemplo; el hombre que libre y espontáneamente confiesa sus pecados, sin omitir los más graves y vergonzosos, es *cierto* que siente dolor de ellos. Esta proposición es moralmente cierta, aunque en absoluto aún en el orden moral puede ser falsa. De aquí se deduce que la certeza moral admite diversos grados.—La certeza moral puede también dividirse en directa e indirecta o reflexa. Es directa si se obtiene de las razones o argumentos intrínsecos, v. g. estudiando la cuestión: es indirecta si se funda en algún principio extrínseco, v. g. en la autoridad de los teólogos.»

Mas, como hemos visto anteriormente, basta para obrar prudentemente tener conciencia cierta moral de la honestidad de la acción *hic et nunc ponendæ*; luego basta la conciencia moral cierta fundada en principios extrínsecos o reflejos para dirigir por ella nuestros actos.

6.º PRINCIPIOS EXTRÍNSECOS O REFLEJOS.—Dice Bucceroni: «*Media, quibus ex conscientia speculative dubia gradum quis faciat ad conscientiam practice certam, sunt: 1.º Perpendere ipsum dubium, si enim, ut ait S. Alphonsus omnibus ponderatis, adverteret dubium, esse inane, hic bene potest dubium suum deponere sine alia reflexione et sic actionem exsequi: 2.º Inquirere praxim bonorum virorum sine scrupulo operantium 3.º Consilium docti et prudentis viri-4.º Ratio quædam probabilis, a fortiori rei demonstrativa, quæ forte veritatem inquirendo inveniri possit- 5.º Generalis quædam ratio, seu generale quoddam principium reflexum, ita dictum, quia nos inducit ac flectit ratiocinationis ad rite definiendam quæstionem, quæ per se et*

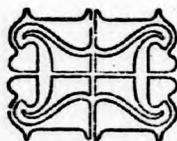
In suo immediato principio resolvi non potest, Sic judex dubius est, an Titius sit reus, ex intrinsecis et directis rationibus juris seu facti. Verum ex generali et reflexo principio, In dubio favendum est reo, Titium inmediate absolvit. »

7.º PRINCIPALES PRINCIPIOS REFLEJOS.—Los principales principios reflejos, cuya explicación y reglas de aplicación daremos después, son los siguientes: *Lex dubia non potest inducere obligationem certam: In dubio melior est conditio possidentis: Factum non præsumitur nisi probetur: In dubio omne factum præsumitur recte factum, si ve præsumitur factum quod de jure faciendum erat, vel standum est pro valore actus, quosque certo probetur contrarium: In dubio judicandum est ex ordinariè contingentibus: In dubio favores sunt amplianda et odia restringenda: In obscuris quod minimum est tenendum, y otros semejantes.*

DE GRAN INTERÉS

Està a la venta la "Teología Mariana" de don Francisco Salvador Ramón. Consta esta importante obra de tres tomos, siendo el valor de la misma quince pesetas, más los gastos de correo y certificado.

Muy pronto será editado el tomo 1 de pláticas doctrinales para el catecismo de adultos, por don Francisco Salvador. Este primer tomo contendrá la explicación del Credo. Su precio, cinco pesetas.





LA CUESTIÓN SOCIAL. Y SAN FRANCISCO DE ASÍS

EL gran problema y la cuestión Capital que preocupa a los economistas, filósofos, políticos y a todos los que se precian de sabios y amantes del progreso, es la cuestión obrera o social, la armonía que debe reinar entre el operario y el patrono, entre el rico y el pobre, entre la autoridad y los súbditos. Se va acentuando cada vez más esta lucha de clases, que degenera en la más funesta anarquía y un dualismo horroroso destruye la sociedad. Es preciso, pues, que desaparezca este dualismo y que todos los ciudadanos se consideren hermanos ante Dios y ante el mundo, para que se den el abrazo de paz y se amen entrañablemente en todos los rangos de la jerarquía social.

SAN FRANCISCO DE ASÍS DESTRUYE ESTE DUALISMO. —En la Edad Media admitía la herejía albigense dos principios en la creación, el uno bueno y el otro malo. San Francisco de Asís desbarató este error dualista, divinizando la naturaleza toda y poniendo todos los seres del universo, desde el más frondoso árbol hasta los más microscópicos átomos, y desde el león, rey de los animales, hasta el imperceptible microbio, cantando, en unísona armonía, las alabanzas al único Creador de los cielos y de la tierra. Con la divinización de todo lo existente, con este panteísmo ortodoxo, formó aquella jaculatoria *Deus meus et omnia*. «¡Dios mío y todas las cosas!» en la que se encierra la suma teológica y filosófica más sublime que excogitar pueden los mortales; y con esta demostración práctica de unidad del principio y de la bondad de todas las cosas desapareció el gnosticismo o el dualismo albigense, y se alegró la creación entera entonando con admirable armonía el *Cántico del Sol* del Serafín de Asís.

Pero este dualismo pasó del orden de la naturaleza al orden social y religioso por medio del Feudalismo y de otras aberraciones jurídicas y nacionales, como hoy se pretende con la lucha de clases

en la jerarquía social, y se admitían dos dioses, el uno para los ricos y el otro para los pobres, dos religiones, la una para los feudales o patronos, y la otra para los vasallos u obreros; dos iglesias, la una para los ricos y la otra para los pobres; dos clases de conventos, la una para los grandes propietarios y la otra para los pequeños humildes; dos géneros de cofradías, de devociones, de apostolados etc., los unos para los capitalistas y los otros para jornaleros; como si hubieran dos Evangelios, dos Credos, dos Decálogos, dos Bautismos, dos cielos y dos Cristos, resultando un dualismo subversivo y encarnizadas luchas sociales, hasta hacer odioso no sólo el trabajo, sino también la pobreza y la humildad, que son las dos virtudes que tanto ensalzó Jesucristo, Señor absoluto de todo lo criado. Urgió poner remedio a este dualismo antievangélico y antihumanitario, y aparece San Francisco de Asís, imagen del Redentor, increpando con San Pablo «*¿Divisus est Christus? ¿por ventura se ha dividido Cristo? ¿no es una sola la religión, la Iglesia, la fe, el dogma y el decálogo para todos los hombres? Ya no hay ante Jesucristo judío ni gentil bárbaro ni escita, sino que todos somos hermanos e iguales ante la Cruz, porque se acabó en el Calvario la lucha y la clase de razas y de castas, de señores y de esclavos, de feudales y de vasallos, de ricos y de pobres, de capitalistas y de opresores, juntándose en gran intimidad todos los hijos de Adán, simul in unum dives et pauper. Ahora todos formamos un cuerpo moral y una sola fraternidad con el mismo bautismo, con la misma misa y oración, con los mismos medios y con el mismo fin, que es el cielo y la gloria eterna. Y a fin de que entréis más fácilmente en las verdades del Evangelio, yo instituiré la Orden Tercera, y así aprenderéis y practicaréis las saludables enseñanzas del Salvador del mundo, formaréis la gran fraternidad cristiana seráfica, y viviréis en santa unión, paz y caridad.*»

He aquí aniquilado el dualismo social y religioso de la Edad Media y de nuestros tiempos por el segundo redentor *alter Christus* San Francisco de Asís, aplicando en toda la plenitud con la Orden Tercera las infalibles enseñanzas y eficaces remedios del divino Redentor, que abolió toda clase de esclavitudes y nos consiguió la libertad.

BASES PARA LA SOLUCIÓN DE LA CUESTIÓN SOCIAL.—Además de destruir el dualismo y la enconada lucha de clases, es preciso establecer algunas bases inconcusas e inmutables para que se arregle la cuestión social y se establezca una paz sólida entre los hombres, familias y sociedades. Muchas cosas se podían indicar como bases primarias y secundarias para conseguir el bienestar de la sociedad; pero por ahora solo pondremos los dos siguientes. *Primera*, la existencia de Dios. *Segunda*, la existencia y consecuencia del pecado original.

En la primera condición, o en la base de la existencia de Dios se encierran el Evangelio, la vida futura, la justicia, la caridad y otras verdades y consecuencias imprescindibles de la noción del supremo Señor de los cielos y de la tierra, Es clarievidente que la noción de Dios debe ser la primera en todo lo existente, porque él es causa física de todo y a él se deben subordinar todas las cosas. Sin la existencia de Dios no hay propiedad ni autoridad, justicia ni humanidad, orden ni armonía posible. Por esto, cuando el eminente filósofo y na-

turalista Newton quiso explicar de algún modo las maravillas de la máquina mundial, puso por base indiscutible la existencia de Dios, porque sin él no habría constancia en las leyes de la naturaleza, sería imposible la ciencia. Para que tenga una solución satisfactoria la intrincada y difícil cuestión social, es ante todo imprescindible que esta idea y realidad capital presida las teorías, hipótesis, ensayos, opiniones y sistemas que se presenten para establecer la paz entre los capitalistas y proletarios. Explíquese con toda claridad esta doctrina a los ricos y a los menos populares, y en ella verán los capitalistas los grandes deberes para con los dependientes, quienes tienen derecho a que no se les trate como a esclavos y bestias de carga y a que en justicia se les dé lo necesario para la subsistencia y para el desarrollo intelectual y moral; así como el dependiente o pobre verá los deberes que tiene de trabajar con fidelidad, de respetar a la autoridad y de no murmurar contra los señores solo por el delito de ser ricos, ni exigir más jornal que la justicia reclame. La Religión les dirá que la pobreza no es deshonra, y que la riqueza no es felicidad ni nobleza, y que Jesucristo llama bienaventurados a los pobres que le imitan, *beati pauperes*.

La segunda base para arreglar la cuestión social nos parece que es la existencia del pecado original. Este pecado dejó el *fomes peccati* una herida tremenda en el hombre, y esta herida nadie puede curar en este valle de lágrimas. Que vengan todas las riquezas, todos los honores y todos los placeres, el corazón nunca se hartará, porque está criado para cosas más grandes. Por esto, ni los economistas, ni los sociólogos, ni los sindicatos, ni las cajas de ahorros, ni las casas del pueblo, ni las agremiaciones, ni todos los cálculos matemáticos pondrán una solución adecuada a la gran cuestión social. Mayor que la herida física es la herida moral que nos dejó el pecado original. Decir, pues, que esto se remedia, sin el Evangelio, con el aumento de jornal, con cálculos físicos y materiales, con las evoluciones de la bolsa, de los comestibles y de los intereses, es desconocer el estado de la cuestión. Empleéense todos los medios posibles para que haya justicia y caridad entre el rico y el obrero; pero dígaseles, que su felicidad no está en este mundo, que no hay remedio completo para la herida del pecado original, que todos los arreglos posibles serán deficientes, y que, después de emplear los medios que estén a su alcance, espere en la recompensa de la vida futura.

CONSIDERACIONES MORALES. —Sobre estas dos bases se pueden hacer todos los estudios y consideraciones morales que se quieran; pero sin estos principios, que pueden servir de axiomas o postulados, todos los cálculos y exhortaciones serán inútiles. Una vez elevada la cuestión a este terreno, háganse todos los esfuerzos posibles, para que reine la justicia y armonía entre todas las clases de la jerarquía social, y después de probar que en este mundo no cabe arreglo absoluto para las miserias y exigencias del hombre, herido por el pecado y destinado para otro mundo mejor, donde reinará la justicia en toda la plenitud, convéznasele de que no tenemos habitación permanente en este valle de lágrimas, que esta vida es una corta peregrinación, y que corremos en marchas forzadas a la bienaventuranza eterna. Y

si por estar acostumbrados a teatros y asambleas ruidosas, no tienen talento suficiente para comprender la fuerza de un argumento tan sencillo, dígaseles que el mundo es un teatro, la vida una escena, y los actores los hombres. En este teatro, para que no hubiese monotonía, fué conveniente que cada uno representase su diferente papel; que verán entrar en el escenario púrpuras y andrajos, opulencia e indigencia, y que unos verán y oirán lamentos y pesares, y otras veces contemplarán la inocencia gimiendo bajo el peso del dolor, y la injusticia triunfante e insultando a la virtud. Pero que no crean nada, que todo es farsa de comediantes, porque todos están igualmente heridos por el pecado original, y que no se da felicidad en este mundo. Que se acuerden en medio de las dichas y desdichas de esta inquieta vida, de la sublime idea de que tanto el mundo físico como el moral dependen de Dios y que ambos están subordinados a la acción de la Providencia que los sabe conducir a su eterno destino.

Cuando el corazón del capitalista y del obrero, del rico y del pobre llegue a sentir la benéfica influencia y la acción de esta doctrina, comenzará a tranquilizarse, y la verdadera paz renacerá en su alma. Esta paz será el principio de la bonanza social.

Pero si, descontándose de la noción de la Religión, del Evangelio y de las consecuencias del pecado original, de este insaciable vacío del corazón humano en la tierra quieren hacer cuestión de materia el problema social, poniendo la solución en que el amo más generoso con el obrero, en que el salario sea duplicado y las horas de trabajo disminuidas, o en que al operario se le proporcione una vida más libre y desahogada, jamás se arreglará esta cuestión capital, porque los medios puramente materiales, excluyendo los morales y religiosos, nunca pueden llenar el corazón del hombre, antes al contrario engendrarán mil y mil exigencias y vicios, que abrirán en su alma un boquerón enorme, incapaz de ser hartado con todos los jornales y capitales imaginables.

Mientras el rico y el pobre no se arrodillen ante Jesús crucificado y adoren la pobreza del divino Salvador, desde Belén hasta el Calvario y en todas las fases de su vida en la tierra, no habrá paz en las clases sociales. Por esto, el Gran Sociólogo práctico San Francisco de Asís puso al pobre contento con su suerte porque imitaba a Jesús, y al rico le obligó a arrodillarse ante su divino Redentor, pobre y desnudo; y cuando estas dos clases sociales se unieron en la pobreza y en la humildad de Jesús, se dieron abrazos y ósculo de paz y de verdadera fraternidad, y cesaron las luchas, porque tanto el rico como el pobre se gloriaban de ser imágenes del Salvador en la pobreza evangélica y volaban a los desiertos y a los conventos más pobres para así imitar más y más a Jesús y conseguir mayores riquezas en el cielo.

SE CONFIRMA EL ARGUMENTO.—Negar la vida futura y las consecuencias del pecado original y querer convertir en paraíso este mundo, pensar hallar la bienaventuranza en el mayor jornal o en la riqueza, buscar el remedio solamente en los cálculos matemáticos y y en los sindicatos o agremiaciones, pretender encontrar todos los

goces en este valle de lágrimas, es un absurdo, un imposible que rebata en toda la plenitud la sana filosofía.

La teoría sin la práctica es una utopía, y la práctica sin la teoría es una rutina, y ambas cosas, sin Dios, son un absurdo.

No se da efecto sin causa, ni criatura sin Criador, y todas las teorías de los sociólogos modernos se reducirá a utopías desastrosas o a rutinas sin resultado, que no llenarán las exigencias de los ricos y que exasperarán los corazones de la caterva y turba multa de los pobres, si no acuden a Dios, fuente y venero de toda verdad, de todas las teorías y prácticas razonables, de toda justicia, caridad y consuelo. San Francisco llevó a Jesús toda clase de almas, metió el Evangelio en todos los corazones, y así cada uno pudo hallar la piedra filosofal para su bienestar temporal y eterno.

Y como esta magna cuestión abraza todas las clases de la sociedad, la Iglesia se encarga de señalar un remedio eficaz para su arreglo, y lo hace poniendo ante los ricos y los pobres la gran figura de San Francisco de Asís y su obra, exclamando ante el orbe entero: «Mi obra social es la Orden Tercera de San Francisco.» Y en la Encíclica *Auspicato* dice de esta misma seráfica Institución: «Nada hay tan eficaz, *nihil est enim efficacius*, para extirpar todo género de vicio en su germen, la violencia, la injusticia, el espíritu revolucionario y la envidia entre las diversas clases de la sociedad, cosas todas que constituyen los principios y elementos del *socialismo*.» Y como la primera base para resolver la cuestión social es la noción de Dios y de la vida futura, de que deben impregnarse hasta la sociedad tanto los obreros como los capitalistas, he aquí lo que en la misma Encíclica dice León XIII, el Pontífice de los obreros, acerca de los hijos de San Francisco de Asís: «Se confunden con el pueblo en las calles y en las plazas; sin aparato de logar ni pompa en el lenguaje comienzan a exhortar a los hombres al desprecio de las cosas terrenales y al *pensamiento de la vida futura*. Maravilla ver cuales fueron los frutos de la empresa de estos obreros, en apariencia tan ineptos. Una multitud ávida de oírlos corría en masa a ellos y comenzaba luego a llorar sus faltas, a olvidar las injurias y a venir a sentimientos de paz, arregladas todas las diferencias.»

Para que no tengamos la menor duda de que el remedio para la cuestión social está en el Patriarca de los pobres nos dice León XIII: «En aquel tiempo el error múltiple de los albigenses, excitando a las muchedumbres contra el poder de la Iglesia, había turbado el Estado abriendo al propio tiempo el camino a cierto género de *socialismo*. Lo mismo hoy los factores y propagadores del *naturalismo* se multiplican, los cuales... aprueban la violencia y la sedición en el pueblo, atentan contra la propiedad, adulan las pasiones de los proletarios y minan los fundamentos del orden civil y doméstico. En medio de tantos y de tan grandes peligros, comprendería ciertamente, Venerables Hermanos, que hay motivo para esperar mucho de las Instituciones Franciscanas, restituidas a su primitivo estado.»—Y en verdad, en medio de la más horripilante confusión de derechos y deberes, de la más encarnizada lucha entre la aristocracia y la democracia, y de la más opresiva esclavitud del feudalismo, aparece San

Francisco entre las masas que tienen hambre y sed de justicia, de verdad y caridad, y aparece, no en trono de grandeza sino con un pobre y áspero hábito, con profunda humildad, con una sencillez encantadora, con un desprendimiento absoluto de todo lo terreno, con una fe que transporta las montañas, enseñando la Cruz en una mano y el Evangelio en la otra, sanando los enfermos y consolando los afligidos como su divino Maestro. «Ni quiere el título de rey, superior o rector, sino toma el nombre de *Menor*, esto es. de los pobres, flacos y abandonados, está hecho uno de ellos, y se llama su hermano para curar a todos. Celebra sus desposorios con la pobreza y la convierte en *esposa, señora y dama de sus pensamientos*, y esta viuda del Crucificado, tan poco amada por los mortales, será su compañera inseparable en las excursiones apostólicas que hará por los pueblos y naciones, que gimen bajo el enorme peso de todos los abusos del capitalismo usurero y del feudalismo opresor, o bien bajo una pobreza sin Dios.

NI UN PALMO DE TIERRA SIN DIOS.—Tal era el lema de San Francisco y la fórmula de su sistema social en aquellos tiempos en que, lo mismo que en los nuestros, la propiedad, el capital era considerado como la única fuente del derecho.

Las discusiones entre los propietarios y vasallos, rodando de ciudad en ciudad y de familia, en familia teñían de sangre los pueblos y las naciones y desolaban los campos; y Francisco al ver en tan lamentable estado la humanidad, levanta su voz en medio de universales gemidos, predica con un ardor de los Serafines la regeneración social y la íntima unión de los ciudadanos entre sí por medio de la Cruz, del trabajo y del sacrificio, y hace un esfuerzo supremo para dar vuelta a la marcha de la sociedad y libertar a los humildes y labriegos de la tiranía de los juramentos feudales que les encadenaban las conciencias. Los ricos y los propietarios de corazón noble y religioso comprenden la verdad de la doctrina de San Francisco y doblan su cerviz al Evangelio, reconociendo la dignidad y la libertad de sus vasallos y jornaleros; y el pueblo bajo, el partido innumerable de los *Menores* halló por fin, el abogado de su legítima causa y un dulce y suave vindicador de la justicia social e individual. En cambio los poderosos y capitalistas, traidores a su misión de patrocinar a los débiles y pobres, ven levantarse delante de sí resistencias insuperables, serenas como la verdad, tranquilas como la justicia, ardientes como el amor, seráficas como la caridad, y organizadas en nombre del Evangelio bajo la dirección y el reglamento de la Regla de la Orden Tercera de San Francisco, la cual estaba ya aprobada por el Vicario de Jesucristo. Un entusiasmo nunca visto se apodera de las muchedumbres agradecidas; corren pueblos y ciudades a alistarse en las filas del gran ejército del Serafín de Asís, quien vive de limosna, en pobreza absoluta y sacrificio, practicando aun mucho más de lo que inculcaba en su predicación. Y si bien, como dice el impío Renán, después del cristianismo, el movimiento franciscano es la mayor obra popular que recuerda la historia, hay que tener presente que este movimiento cristiano y franciscano, maravilloso, colosal, indescriptible, da por resultado la desaparición del socialismo y despotismo, y la más

pacífica y cariñosa armonía entre el rico y el pobre, entre el operario y el capitalista, entre el feudatario y el vasallo.

LA DIGNIFICACIÓN DEL TRABAJO.—Las ideas antecedentes bastarían para solucionar la cuestión social; pero el pobre operario se ve herido en su dignidad, en su amor propio, porque se dice que el trabajo es una deshonra, un castigo, una esclavitud, y que según Aristóteles, Platón, Juvenal y los canonistas modernos, los operarios son la hez de la sociedad. Esto desgarrará el corazón del infeliz obrero y le pone fuera de sí.

Y en efecto, le responde la Religión, el operario sin Dios y sin vida futura llega a ser la hez y el terror de la sociedad, y se convierte en bestia de carga y en máquina o instrumento de producción. El nimio trabajo le embrutece al hombre, así como la nimia holganza; mientras que el trabajo moderado por la Religión da robustez al cuerpo y jovialidad al alma, y le libra de vicios inherentes a la inacción y a la ociosidad. El trabajo es una consecuencia inevitable del pecado original, *in labore vultus tui vercevis pone*, y la experiencia enseña que el ocioso es más desgraciado que el hombre ocupado. Por esto, el obrero católico es más que toda la aristocracia del mundo, porque es compañero del Criador, puesto que Dios dió ejemplo de trabajo al hombre en la creación del mundo, en la formación de los cuerpos y en comunicar el movimiento al universo; El puso en la tierra los gérmenes de la vida, y el operario saca de ellos flores y frutos. El depositó en las entrañas de la tierra los minerales y los tesoros, y el trabajador los arranca, los funde y los utiliza; El crió la materia como incompleta, y el obrero es quien continúa este trabajo para llevarlo a su complemento; El comenzó la grandiosa obra de la creación, y el hombre trabajador lo consuma; Dios es el primer operario, y el hombre laborioso es el segundo; y ambos son siempre amigos y compañeros. ¿Qué mayor dignidad puede tener el obrero que la de ser amigo y compañero de Dios, del Rey de los reyes?

Más tarde quiere suavizar el trabajo, porque las espigas, los obrojos lastimaban las manos del operario. Para esto el propio Dios se quiere hacer trabajador, tomando forma de pecador, para así purificar el trabajo de las consecuencias del pecado original. En esta grandiosa obra de la Redención quiere predicar con su ejemplo, y se encarna, no en un gran palacio, sino en una casa pobre; nace más pobre que cualquier operario en un establo, sin tener donde reclinar la cabeza ni con que cubrir su cuerpo; los primeros que le visitan son también unos pobres pastores; su Madre se ocupa en las humildes faenas domésticas y trabaja como una artesana; aquel que es considerado su privilegiado Padre es también un trabajador; y el mismo Jesús maneja las herramientas de su oficio en el taller de Nazaret y baña el pan que se come con el sudor de su frente.

Después de treinta años de vida oculta y penosa, comienza el divino Redentor la grandiosa obra espiritual de su vida pública, anda de pueblo en pueblo con los pies descalzos y en la mayor pobreza, escoge doce pescadores u operarios para fundar la Iglesia y evangelizar el mundo, y ellos son los fundamentos de la grandiosa obra que ha de durar hasta la consumación de los siglos. ¿Qué mayor garan-

tía de su aprecio podía Dios manifestar al pobre y trabajador? Su alcázar fué la pobre choza de Nazaret; su diadema, la corona de espinas y el sudor de su frente; su cetro real, las herramientas de su oficio, las sortijas de sus dedos, los callos de su manos; su calzado unas sandalias a la descalces, su manto real, una túnica o vestidura de lana, sus viandas, el ayuno o el pan de limosna; su cama una tarima de tablas; su tesoro, la pobreza, y su descanso la oración y la penitencia. A ninguna clase de la sociedad dió Jesús tanto ejemplo ni manifestó más aprecio que al trabajador. Y ¿se dirá después que la dignidad del operario es vil y despreciable? Habiendo Jesús santificado el trabajo con las gotas de su sudor ¿se dirá que el trabajo es una deshonra? ¡Líbrenos Dios de semejante aberración!

Nada tiene, pues, de particular, que la imagen del Crucificado, Francisco de Asís confirme también en su seráfica Regla la dignidad del trabajo con las palabras siguiente: «Yo trabajaba con mis manos, y quiero trabajar, y firmemente quiero que todos mis demás Frailes se ocupen en trabajo honesto; y los que no saben, aprendan, no por la codicia de recibir el precio del trabajo, sino por el buen ejemplo, y para desechar la ociosidad. Y cuando no nos dieren la recompensa del trabajo, recurramos a la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta.» Es difícil poder decir más en menos palabras. Y si bien el operario sin religión maldice el trabajo, San Francisco le enseña a bendecir hasta a los callos de las manos, y quiere que el obrero trabaje *fideliter* con fidelidad, sin hacer traición a su amo, y además *devote* con devoción, sin perder su alma y la dignidad de hombre, rebajándose a la condición de los irracionales, como si sus fatigas y sudores no tuviesen un galardón eterno en el cielo. Estas bases tan claras y sencillas propaga San Francisco de Asís por medio de sus tres Ordenes, y enseña además al trabajador a bendecir el pan que baña con el sudor de su frente, acordándose de Dios antes y después de tomar el alimento, para que comprenda que todo viene de lo alto, y no de la mano opresora del capitalista o de los miserables mortales de este mundo.

Y después de dignificar de este modo el trabajar, y de elevar al operario a la grandeza del mismo Dios, se presenta San Francisco, hecho él mismo un miserable mendigo evangélico, al pobre operario y le dice: «Alégrate, noble y fiel trabajador, porque tu dignidad es grande, pues has sido criado para el cielo y no para los placeres efímeros del mundo. Tu Dios ha sido trabajador como tú; tu verdadero amigo Jesús ha sufrido como tú; y el recuerdo de la humilde casa y taller de Nazaret debe orlar tu frente con aureola de gloria y tu cara de una Santa alegría. Levanta tu frente, obrero católico, porque se acerca tu redención y dentro de poco ese cuerpo, encorvado por el peso de las herramientas, se revestirá de gloria; y esos callos de tus manos han ganado las riquezas eternas de la gloria y esa cara ennegrecida por los humos de la fábrica, pálida por la fetidez de algún taller poco ventilado, tostada por los ardores del sol, arrugada por el rigor de los fríos y tempestades, y descolorida por el hambre, gozará de eterna bienaventuranza en el cielo.»

LAS RELACIONES DE LAS CLASES SOCIALES. — Todos los hombres son

iguales en cuanto a la creación y a la redención, en cuanto al origen y al fin, en cuanto a la Iglesia y a los medios de comunicar las gracias. Sin embargo, no son iguales en cuanto a los derechos adquiridos, en las naciones tiene que haber la jerarquía social, y una vez admitidos estos grados, es indispensable el mutuo respeto entre las clases sociales, porque cada miembro debe ocupar su respectivo lugar en un cuerpo moral, a no ser que neguemos hasta el principio de autoridad y canonicemos la anarquía más radical.

Estas relaciones de las clases sociales deben desenvolverse bajo los axiomas o postulados que hemos indicado, esto es, bajo la influencia de Dios y supuestas las miserias del pecado original. Esta última base, el pecado original, es la causa de que no se pueda dar en el mundo la justicia absoluta, ni la felicidad en toda la plenitud. Sin embargo, debemos aproximarnos a la verdad y justicia absoluta, a Dios para que no procedamos sin base en los arreglos sociales, porque si pretendemos estrechar las relaciones de las clases sociales con la materia y sus evoluciones, con los círculos y agremiaciones de hombres solamente, estos vínculos y medios son deficientes, puesto que no abrazan en toda la plenitud la parte moral, que es la principal. Por esto, para que entre el rico y el pobre, entre el capitalista y el obrero haya verdaderas y sólidas relaciones, es indispensable que ambas clases sean amantes de la Religión.

Y en efecto; si el capitalista pone en manos de los obreros, casi en su totalidad ignorantes, periódicos y folletos impíos; les predica que más allá de la tumba no existe nada y que las nociones del derecho y del deber, de la justicia y de la caridad son palabras vacías; y les arranca de su corazón la fe en Dios remunerador y la piedad cristiana, no se extrañe lo que sus fábricas o talleres se declaren en huelga y que se subleven contra el patrono, porque tales consecuencias son el resultado lógico de su deletérea propaganda o de su descuido de no movilizar la conciencia del operario, en quien no ha reconocido más que una máquina de carne y hueso, que puede arrinconarle impunemente después de haberle chupado el sudor y la sangre para su bolsillo o para sus vicios. El obrero educado en esta forma, sin religión y sin noción alguna en la vida futura, es una fiera humana, un animal o bestia de carga, y con semejante degradación no se esperen de él más que hechos salvajes.

Entre los ricos y los pobres no sólo hay relaciones de caridad, sino también de justicia. El pobre tiene derecho a la vida y al desarrollo de sus facultades físicas, intelectuales y morales, y este derecho trae deberes a los capitalistas para ayudar al indigente en la conservación y perfeccionamiento relativo de su subsistencia. Si es de justicia, y de justicia conmutativa, el jornal del obrero, es también de justicia el trabajo y la fidelidad del operario. Son relativas estas dos obligaciones. Pero dejando para otro lugar los deberes de justicia, el rico, el patrón, el capitalista y todo hombre opulento tiene, según los principios de la religión cristiana, un carácter social que le obliga a hacer alguna limosna, y de este carácter no se puede desprender sin cometer el delito de lesa sociedad y de falta de caridad. Donde quiera que se halle un capital, ha de haber también un legíti-

mo poseedor con derecho a que respeten su propiedad, porque ésta no es un robo, según decía Proudhon, sino un derecho sacrosanto reconocido por el Evangelio y por la razón natural. Pero este derecho implica graves deberes que la propiedad debe cumplir bajo la pena de reclamar sobre sí las maldiciones de Dios y de los hombres, basados en el *næ vobis divitibus*, porque en virtud del vínculo social tiene derecho a disfrutar de ese capital sólo cuanto le concede el sagrado derecho de sociabilidad; y, por consiguiente, debe el rico dar al obrero la limosna del trabajo, esto es, debe franquearles sus propiedades, para que las cultive o explote, pagándole por justicia el jornal.

Relegar a la inercia e infecundidad estos elementos feracísimos de vida, es paralizar la obra de Dios, condenar al hambre a los pobres, privar a la humanidad de los medios necesarios a la vida y evolución social, ofender e irritar al obrero para que se declare contra el patrono, y obligarle a que tal vez se arroje sobre el capital del rico.

San Francisco de Asís, el gran sociólogo de la Edad Media y de todos los tiempos, reconoce la jerarquía de clases en la sociedad y resuelve directamente este problema capital, cuando al antiguo refrán pagano y feudal de *derechos sin deberes*, sustituye el sólido principio de *no hay derechos sin deberes*. También consiguió destruir la noción pagana del derecho que se definía: *jus utendi vel abutendi*, con la genuina definición cristiana de *jus tribuendi*, añadiendo el comentario de que el hombre no debe tener exclusivamente por suyas las cosas externas, sino casi por comunes, en sentido de que con ellas socorra al prójimo en sus necesidades, conforme al axioma: *in extrema necessitate omnia bona sunt communia*. Y por otra parte reconocía el legítimo derecho de los ricos a sus bienes, y decía a sus hijos: «Hermanos míos, respetad a los ricos; no les echéis en cara sus defectos. Llamadles hermanos, pero también señores, pues, ¿qué sería de los pobres sin ellos?» Los ricos pueden considerarse como tesoreros de los pobres y obreros, y a fin de que sean respetados, dice San Francisco en las Reglas a sus hijos: «Amonesto y exhorto a mis frailes, que no desprecien ni juzguen a los hombres que vieren vestidos de vestiduras blandas y de color, usar de manjares y bebidas delicadas; más cada uno juzgue y menosprecie a sí mismo.» Suaviza también la autoridad y el poder de los superiores y humilla la arrogancia de los que mandan y gobiernan, porque no reconoce en ellos más que una autoridad delegada de Dios, y les dice que no son *maestros, sino ministros*, y que se deben considerar, no como autoridades absolutas, sino como *siervos* de todos, *servi omnium fratrum*. De este modo, cual hábil diplomático, pone el Serafín de Asís, el Caudillo Patriarca de los pobres, en su debido lugar los deberes y los derechos, y tiende un lazo de unión y armonía entre los ricos y los pobres, entre los capitalistas, y obreros, dando estabilidad de *Orden y no de una asociación y cofradía* cualquiera a su *Venerable Orden Tercera*, verdadera arca de salvación de la sociedad en todos los tiempos y lugares, porque encierra el medio y el compendio del Evangelio.

En vista de tan sabias y sólidas bases para la unión y armonía de

las clases sociales en una sola fraternidad, por medio de la Orden Tercera; y en vista del cambio que San Francisco dió a la marcha y movimiento de la sociedad, dice el racionalista y protestante Sr. Paul Sabatier: «Nunca hombre alguno del mundo soñó en una renovación social más completa, y los sueños resultaron realidades, porque armó una revolución nunca vista ni oída en la humanidad, sin más arma que el *amor*. «Ya había dicho antes que el señor Sabatier, el primer Bonaparte, el gran Napoleón, mostrando a sus compañeros una imagen de San Francisco: «He aquí un hombre, que con su cuerda ha influido más en el mundo, que con su espada los más poderosos conquistadores.» Y antes que ellas había dicho atrevidamente Maquiabelo: «El cristianismo moría, y San Francisco lo resucitó.» Y la arenga que con el Evangelio en la mano dirigía el Serafín de Asís a las masas para entusiasmar sus corazones a la verdadera unión y fraternidad, las palabras con que arrebatava y electrizaba las almas, eran estas: «La paz del Señor sea con vosotros. En Dios tenemos todo, *Deus meus et omnia*.» Y con tan breve sermón conseguía tantos trofeos como corazones, y tantas conquistas como almas, porque la verdadera paz como dice el B. Escoto, es la tranquilidad en el orden, y como el orden tiene su fundamento en la justicia, San Francisco, como todo pacificador, es justiciero y caritativo.

TEORÍAS DEFICIENTES.—Para estrechar las relaciones entre todas las clases sociales se van inventando varias teorías, a nuestro parecer bastante deficientes. Para demostrar esta deficiencia hay que tener presente: 1.º Que ninguna teoría o ensayo puramente humano, o que se funda en el cálculo o en la materia, sirve para arreglar satisfactoriamente esta delicada y difícil cuestión. 2.º Que tanto al obrero como al rico se debe conceder la libertad y la independencia, dentro de los límites de la Iglesia, esto es, se debe proclamar la redención del pobre y del obrero de toda esclavitud humana, porque la esclavitud está abrogada por Jesucristo. 3.º Que en este mundo no puede darse justicia ni felicidad absoluta y que ante Dios es más meritoria la pobreza que la riqueza, según el dicho evangélico de *beati pauperes* y el voto que se hace de pobreza. Podríamos añadir otras indicaciones, pero lo dicho basta para ver la deficiencia de algunas teorías.

Y en efecto, varios patronatos y círculos tratan de agasajar al obrero con hermosos salones, mesas de billar, veladas literarias y discursos apologéticos; pero con frecuencia le someten a los patronos, y de este modo fomentan una *esclavitud disimulada*, lo cual no está conforme con la doctrina de Jesucristo. Se fundan también sindicatos y agremiaciones, con el título de obreros; pero sus Juntas son casi en su totalidad capitalistas y ricos, para de este modo vivir los pobres operarios bajo la esclavitud de los patronos. Esta teoría de esclavitud blanca y disimulada tampoco puede solucionar la cuestión de las relaciones de clases sociales, si bien suaviza algo su situación. Ni las cajas de ahorros, ni las cooperativas, etc. resuelven esta cuestión, porque no son más que evoluciones de la materia y del cálculo, que podían evitar algunos males; pero nunca corregir las deficiencias intrínsecas de las relaciones entre los operarios y los ri-

cos. Se han inventado también sistemas de sindicatos de obreros libres; y en verdad, con esto se quiere reconocer la verdadera dignidad del pobre y del operario y librarle de la esclavitud del patrono pero, si los lazos de la religión no vienen a unir sus corazones, se distanciarán cada vez más el rico y el pobre, y los choques entre ellos serán terribles. Otras teorías vienen a halagar al obrero; pero no son más que evoluciones de las antedichas, y quieren poner la solución de este problema capital *per se* en el cálculo y *secundum quid* en el Evangelio, cuando su base debe ser la doctrina de Jesucristo.

Digamos para terminar esta barahunda de teorías sociales, que mientras no se divinice la pobreza, mientras no se dé más importancia a la pobreza que a la riqueza y se arrodillen el rico y el pobre ante Jesús pobre y crucificado, esperando el galardón y las verdaderas riquezas del cielo y practicando la justicia y la caridad en la tierra, no tiene arreglo esta cuestión. Imitemos a Jesús como San Francisco de Asís, desposémonos como él con la pobreza, que fué su señora y *dama de amores*, y no habrá necesidad de tantas teorías para que el obrero y el capitalista, el pobre y el rico se abracen en mutua fraternidad y vivan en santa paz.

EL SALARIO DEL OBRERO.— Grande es el consuelo que ha recibido el obrero con la dignificación del trabajo y con las relaciones íntimas y fraternales que debe tener con el rico. Como el origen del trabajo es divino y santificado con el ejemplo del mismo Dios, no maldice al sudor que baña su frente, sino que está contento con su suerte y no envidia a ninguna otra clase de la sociedad. Pero el hombre consta de alma y cuerpo, de espíritu y materia, y tiene obligación de atender no sólo a la vida moral, sino también a la corporal, conservando su naturaleza con el sustento proporcionado. Por esto, el obrero debe tener los medios convenientes para su vida espiritual y corporal y para esto debe el capitalista proporcionarle el justo y caritativo salario.

Y en verdad; el buen jornal alegra al trabajador y le hace suaves los sudores y las fatigas de la semana o de la quincena, y algunas veces le obliga a cambiar de taller o fábrica, y hasta emprender viajes a tierras lejanas. Es difícil asignar el justo jornal que merece el obrero, porque esto depende de mil circunstancias. Sin embargo, se debe mirar a su trabajo material y formal. Por haber medido el jornal del obrero solamente bajo el aspecto material, se ha degradado su dignidad hasta ponerle a nivel de los mismos irracionales, pues hemos visto dar más jornal a un vil animal, que al hombre más robusto y laborioso. La inteligencia, la sangre, el alma, la vida del hombre valen más que todos los dineros y jornales imaginables. Ya que no se puede pues, retribuir condignamente el trabajo de esta criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, ya que no se puede dar justicia rigurosamente conmutativa entre la vida del hombre y las riquezas de este valle de lágrimas, ya que su sangre y sudor son de un precio inestimable, es preciso que entren la justicia, la caridad, la dignidad del hombre y su respectivo valor y misión en la sociedad, para que se le asigne el jornal. Cierta proporción entre la ganancia o pérdida que el patrono tiene en sus intereses, podría tam-

bién servir para que se tranquilizase su corazón. Esta cuestión merece un estudio más serio, que estas cuartillas escritas a vuela pluma.

Nos basta saber por ahora, que se debe partir del principio de que el trabajo debe estar justo honesta y cristianamente recompensado y de que al trabajador no debe faltar el salario suficiente para atender a las necesidades de la familia, según las exigencias económicas del precio corriente de los géneros, de la renta de la casa, del valor de los vestidos, etc. El capitalista o patrono que no busca en el trabajo más que su ganancia y no el socorro y ayuda del operario, es un egoísta que con su corazón metalizado pisotea el Evangelio y oprime al pobre. El patrono no debe vivir solo para sí, para la riqueza: tiene obligación de proporcionar al obrero, no una felicidad absoluta, porque esto no es posible, y dignos de mejor suerte caminamos para otro mejor, sino el alivio de su vida con una recompensa relativa a sus necesidades. Basta que el rico considere al pobre como a su semejante; hecho a imagen del Criador y redimido con la sangre de la misma Víctima, para que su corazón se mueva a cumplir este sagrado deber. Proceder de otra forma, sería desgarrar horriblemente el ideal cristiano y agravar infinitamente la cuestión social.

San Francisco de Asís, después de recomendar la mayor equidad posible en la forma que acabamos de indicar, viendo que no se halla remedio absoluto en los cálculos y combinaciones de este mundo para el jornal del hombre, encuentra sublime solución en la recomendación de la caridad al rico y de la paciencia al pobre. León XIII en su Encíclica *Auspicata* reconoce esta doctrina de este Padre y Patriarca de los pobres y hablando de la Orden Tercera seráfica dice: «La cuestión de las relaciones del rico y del pobre, que preocupa tanto a los economistas, sería perfectamente deslindada, si a la pobreza no le falta dignidad; el rico debe ser generoso y lleno de misericordia; el pobre contento con su suerte y satisfecho de su trabajo; pues ni el uno ni el otro han nacido para el goce de los bienes perecederos, y deben subir al cielo, el uno por la paciencia y el otro por la generosidad.» Y en efecto, la Orden Tercera promueve cierta *igualdad* en las clases sociales, porque pone en la misma esfera y bajo las mismas leyes al rico y al pobre, al sabio y al ignorante, al patrono y al obrero, al eclesiástico y al seglar. Estrecha verdaderos lazos de *fraternidad*, pues a todos hace *hermanos*, y les prohíbe las riñas y las discusiones, al mismo tiempo que les recomienda la asistencia y caridad recíproca. Defiende la *libertad*, porque forma hombres de carácter y energía para mantenerse firme an la independencia relativa y defender los derechos de Dios, de la Iglesia, de la familia y del individuo, haciendo guerra sin cuartel al capitalismo materialista y al despotismo de todo género.

Además, el trabajo ha de tener su misión, su fin, para que halla diferencia entre la máquina, y el obrero, entre el labrador y sus herramientas. Este fin no se puede consumir en este valle de hambre, y de miserias, de injusticias y de influencias y prevenciones. Por esto, San Francisco de Asís halla por medio de la Orden Tercera, que es el mismo Evangelio compendiado y metodizado, en el operario, donde los materialistas no encuentran más que nervios y músculos,

un alma espiritual e inmortal, y destinada a gozar del eterno jornal en la gloria, y rompiéndole las barreras de la materia, le señala nuevos y más felices horizontes, y le dice: «Levanta tu frente, noble trabajador, porque tu ganancia es grande: tu jornal no está en la mano opresora de tu amo, sino en la mano caritativa de Dios. Lo que sufres en el trabajo dura poco, pero la recompensa durará sin fin. Además del salario material que ganas, lucras otro jornal de infinito valor. El precio de la cosa indica su valor, y el precio de tu jornal y trabajo está en el cielo.» Esta doctrina de San Francisco está conforme con la respuesta que dió a un hermano carnal. Pues, habiendo visto a Francisco en un rigor del invierno con los pies descalzos, vestido de pobre y tiritando de frío, le dijo por escarnio: «—Francisco, véndeme una gota de sudor! Y San Francisco le respondió: «Yo lo tengo vendido a Dios, pues todo soy de El. ¿Crees tú que yo tengo para vender a las criaturas mi sudor? ¡Ah! no hermano mío no! Mi sudor vale tanto como Dios, tanto como el cielo.»

Debe pues, responder el obrero con San Francisco: «Mi sudor vale tanto como el cielo.» Y por esto, este obrero o terciario franciscano, cuando por la noche vuelve rendido del trabajo a su hogar doméstico sin gastar su salario en centros no morales, y ve el pequeño jornal que ha ganado aquel día, no se queja, no llora, no gime, no suspira, no blasfema, no se alborota, sino que lleno de confianza exclama: «No es este el jornal que yo he ganado; no es este mi salario de este día. Yo he ganado mucho más, un jornal doble; porque Dios ha visto lo que yo he sufrido y trabajado, y El me dará algún día no lejano mi verdadero jornal en el cielo.»—Después de esta santa conformidad, da una tierna y cariñosa mirada a su esposa y a sus hijos, reza el santo rosario, hace sus breves plegarias, descansa tranquilo aquella noche, y a la mañana siguiente, al levantarse de su humilde y tal vez franciscano lecho, dirige una devota mirada al Crucifijo que tiene en su pobre pero limpio cuarto, y después de encomendarse a Jesús, María, José, a San Francisco y a los santos de su especial amor, exclama: «Yo uno mis trabajos con los trabajos de Jesús, María y José. Yo uno mi pobreza con la pobreza seráfica de San Francisco de Asís; yo uno mis sudores y fatigas con los sudores y agonías de Jesús; yo uno mi sangre y sufrimientos con la sangre y la sacratísima Pasión de Jesús! Y con estos santos sentimientos, pasa todo el día, trabaja en santa paz, sin blasfemar y sin ofender a Dios y al prójimo, predicando como San Francisco con su buen ejemplo y atesorando trofeos de gloria para el cielo.

EL DESCANSO CORPORAL.—Pero no paran aquí los consuelos que la Religión reporta al obrero. Desde el día que el patrono y el operario se someten al Evangelio, la Iglesia pide un día de descanso para el obrero y le exige la santificación del domingo, y le obliga al amo a concederle este beneficio.

Son tan estrechas las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, que si éste no descansa, no desarrolla sus facultades físicas, ni el alma sus fuerzas intelectuales. Donde no se guarda el descanso dominical, son relativamente más las defunciones que los nacimientos, más graves y agudas las enfermedades y más prematuras las muertes. Además, el hombre no es una máquina para tenerle en con-

tinua ocupación. Aún la máquina de más dura construcción se resiente con el continuo roce y necesita frecuentes reparos. Ni los irracionales más potentes pueden resistir un trabajo continuo; y cuando los reformadores revolucionarios de Francia intentaron acomodar el sistema decimal a la división y conjunto del tiempo, sustituyendo el descanso dominical el reposo del día décimo, los labradores se sublevaron contra semejante ley, porque ni a los animales podían acostumbrar al trabajo de diez días seguidos, y así se vió obligada la Compañía de *Omnibus* de París a conceder a los caballos de su servicio un día de descanso por cada cinco de trabajo, y un mes en cada año. *A fortiori*, pues, deben los capitalistas conceder el descanso al trabajador, porque el excesivo trabajo, continuado por largo tiempo, extenua y debilita el organismo perturba e irrita el sistema nervioso, atrofia los sentidos del cuerpo, enerva las facultades mentales, obscurece el entendimiento y embota la voluntad. Es, pues, justo y razonable que la Iglesia mande que el trabajador descanse en cada domingo y fiestas. Y a fin de que no profane los días del Señor con el ansia febril del juego, citas criminales, cinematógrafos y espectáculos inmorales, con el envenenamiento de licores y de la lujuria, con malos retiros y alardes de la iniquidad, le dice que no solo trabaje en los domingos, sino que los santifique con la santa misa y obras de misericordia. Tampoco cesa de gritar contra los patronos avaros que con trabajos violentos estropean a los obreros, a la gente aun demasiado joven, a los tiernos niños y a las mujeres débiles, y sobre todo a las casadas, porque tienen otra misión más sagrada que cumplir en la sociedad, gobernando el hogar doméstico, criando la familia y educando los hijos.

Estas prescripciones humanitarias de la Iglesia y del sentido común confirma San Francisco de Asís en todas las fases de su vida; pero principalmente en la Regla de la Orden Tercera, pues todo su contenido se reduce «a obedecer a los mandamientos de Dios y de la Iglesia, abstenerse del lujo y de teatros o diversiones pocos morales, no desaprovechar cuanto cede en beneficio del prójimo, no tomar armas sino para defensa de la religión y de la patria, evitar discordias y luchas, ser moderado en la comida y bebida, dar buen ejemplo, no leer libros o periódicos poco religiosos etc. Y como el nimio trabajo embrutece al hombre así como la nimia holganza, dice San Francisco a sus hijos: Que de tal manera deben trabajar, que, desechando la ociosidad que es enemiga del alma, no apaguen el espíritu de la santa oración y devoción, *santa orationis spiritum non extinguant*.

CONCLUSIÓN. — Basta lo dicho para que el problema social se entienda como se debe y se apliquen los remedios correspondientes a las luchas de las clases sociales. La igualdad absoluta, además de oponerse a la justicia, es una utopía y hay que reconocer grados en la jerarquía social. El Patriarca de los pobres, San Francisco de Asís, ha hecho más que todos los sociólogos y economistas a favor del pobre y del rico, instituyendo la Orden Tercera de Penitencia y con su ejemplo de amor a la pobreza. La penitencia y la vida pobre y humilde de Jesús, que hoy tanto se aborrecen, nos son necesarias en todos los tiempos. La sociedad moderna pide *libertad y pla-*

ceros, y un pueblo que pide estas dos cosas como su última aspiración está próximo a la ruina, por la libertad sin Dios ha oprimido más las naciones que los grillos de los calabozos y el despotismo de los Césares, así como los placeres han envilecido, enervado inutilizado y acabado más almas que todas las epidemias, guerras y pestes del mundo. Cuando en Roma y en Grecia pedía el pueblo *ponem et circenses* y se entregaba a las orgías de las bacanales y saturnales, demandaba su suicidio y su aniquilamiento; y esto mismo acontecerá con las sociedades modernas que piden la libertad y los placeres, más jornal y menos horas de trabajo, más teatros y películas inmorales, más diversiones taurinas y menos iglesias y piedad.

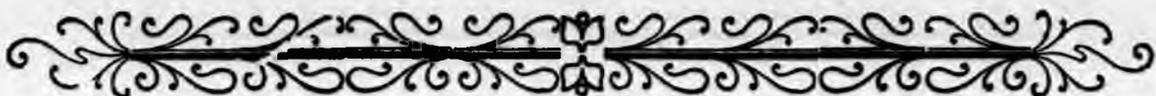
Mientras el santo Evangelio no circule en todas las jerarquías sociales, mientras la Regla de la Orden Tercera, que es el mismo Evangelio metodizado, no funcione en las fábricas y talleres, en las ruedas de las máquinas e industrias; y sea bien dirigida por el obrero y el capitalista, no se arreglará la cuestión social. San Francisco de Asís pacificó la sociedad, porque llevó el Evangelio a los corazones de todos, sin más cálculos y aparato que su ejemplo. Esto es lo que hoy nos hace falta, un San Francisco de Asís; y aun vive este Santo con las tres seráficas Reglas de sus Ordenes, si las practicamos en toda la plenitud. Pero hoy se cree que el espíritu de San Francisco es demasiado pobre y humilde, que el seguir a Jesús es escándalo para estos tiempos y estorbado para los progresos de la moderna civilización, y de este modo se da sentencia de muerte contra sí misma, porque escrito está que los que se apartan de Jesús perecerán *qui elongant se a te peribunt*. Por esto, da pena el ver, que donde hay más operarios y capitalistas industriales, allá es donde se oyen también más blasfemias e insultos a la religión, más gritos subversivos contra la propiedad y la autoridad, contra la pobreza, la humildad y la virtud. Los pueblos más amenazados son los grandes centros fabriles industriales, porque se acentúan más los choques entre los obreros y los capitalistas, y el primer petardo o dinamita que estalla es ordinariamente la que arroja contra el patrono, contra la autoridad, el operario descontento y sin noción alguna del orden sobrenatural. Los infelices son dignos de compasión, porque no tienen religión ni educación, pues nadie se ha preocupado de ellos más que para explotarlos, y si bien se dice que tal o cual patrono o fábrica les da el pan, ¿qué jornal y pan es ese que se da a trueque de moralidad? ¿que importa que se le dé de comer a un pueblo, si se le arranca la fe, la religión de su corazón? ¿no vale el alma, la moralidad, más que todas las riquezas del mundo?

Hora es, pues, de que se desengañe la gente y que se aliste en las filas del Evangelio. La Orden Tercera de S. Francisco es, según la Iglesia, el gran remedio para todos los males, porque es el meollo y el compendio de la Buena Nueva que Jesús enseñó y predicó a los pueblos. Ya que el espíritu y el ejemplo de San Francisco libró a la sociedad de su tiempo del socialismo sin Dios y sin entrañas, del feudalismo y despotismo, hoy podrá producir los mismos frutos. Así lo ha dicho el Vicario de Jesucristo, y el árbol seráfico es el mismo. De este modo, el pobre obrero no tendrá grandes intereses ni santuo-

sos palacios que dejar a sus hijos en el último y supremo día; pero podrá hacer un bello testamento, dejándoles por herencia la honra, la dignidad y la esperanza de las riquezas del cielo, que vale más que todos los tesoros del mundo. A las hijas podrá dejarles en el testamento la rica herencia del pudor y de la honestidad, que vale más que el oro, la plata y las perlas preciosas. A los nietos podrá dejarles el amor al trabajo, que es el más grande patrimonio y un venero de riqueza. A los vecinos dejará la herencia del buen ejemplo, de la paz; religión y moralidad, que es el gran secreto de bien vivir, en la familia y en la sociedad. Y por fin, tranquilo y sereno entregará su cuerpo a la tierra de que fué formado y por él tantas veces cultivada ceñido con el cordón de San Francisco y cubierto con la mortaja de Terciario; y su alma volará al cielo para alabar a Dios por toda una eternidad en compañía de su llagado y seráfico Patriarca y de tantos hermanos suyos, que o fueron pobres y trabajadores, o ricos que amaron la pobreza y la humildad e hicieron buen uso de su fortuna.

Fr. Andrés de Ocerín Jáuregui,
O. F. M.





NUESTRA PRIMERA NOVENA EN AFRICA

HUMILDE y graciosa. como suele ser cuanto se relaciona con todas las obras de la Divina Infantita, ha sido esta primera novena que las Esclavas han celebrado este año en Melilla para honrar a su celestial Patrona.

¡Cuántos deseos y suspiros y ansias y oraciones y sacrificios se han visto convertidos en gratas realidades y en fecundas semillas de cristiana caridad!

Un nido más de amores marianos en el que se siente la heroica virtud capaz de tornar a las almas niñas, para cautivar con la dulzura de la caridad a las almas, que verdaderas fieras del mundo, por ninguna otra fuerza serán rendidas, que no sea la suprema del amor mariano, la más poderosa para abatir el poder del mal espíritu, en donde quiera enemigo de Cristo.

Esta humilde casa, escondida como las violetas, es una posición avanzada de las huestes cristiana que oyen en sus oídos el mandato soberano de evangelizar y bautizar a toda criatura. Estas esclavas son los humildes soldados que se adelantan en la primera vanguardia del ejército que se inspira en la última voluntad de la muy magnánima Reina Isabel la Católica.

Y cuando consideramos que, en este *pusillus grex*, que, en este pequeño ejército hay españolas y mexicanas, nos parece ver, muy por encima de todo otro designio, la mano divina que justamente mueve a las almas cristianas de América a tomar parte en la conquista del mundo mahometano, ya que América, al parecer, fué causa que impidió a España seguir la conquista y cristianización del Africa musulmana.

Y ¿cuánto no habrá sido consolador para nuestras almas la consideración de que a María Niña quiera dar Dios la gloria de ser la Reina de los ejércitos que se aprestan a luchar en esta, cuanto humilde, gloriosa apostólica empresa, pasmo de los hombres y suave deseo de Dios de ganar las almas mahometanas al cristianismo? Y confesamos que hasta nos parecía, ayudadas de la gracia de Dios y defendidas por la poderosa España, lance nada prodigioso, llegar al corazón de los niños y niñas moras, solamente con poder vivir en las kábilas, aunque fuera vestidas de moras como ellas, y limpiarlos y asearlos y vestirlos con pobreza, pero no con andrajos hartos de miserias. Y más hemos llegado a creer con la firmeza de lo que se piensa en Dios y por Dios, estamos ciertas las Esclavas de la Divina Infan-

tita de que llegaríamos al corazón de la mujer mora, esclava del hombre moro, y que no habíamos de tardar en dar principio a la dignificación de la mujer mahometana que sufre la más injusta opresión y el más tiránico menosprecio del hombre educado por Mahoma y asimismo tenemos por muy cierto que la mujer mora sería nuestro primer aliado para civilizar la zona de influencia española aquí en el Mogreb, dignificando a la familia, que es, la causa primera y fundametal de toda civilización entre los hombres de toda clase y condición que sean.

Pero ya sabemos nosotros también que los *grandes hombres* del mundo hacen poca estima de nuestra cooperación, que es tan humilde, tan sencilla, tan pobre. Ellos necesitan mucho aparato, mucho estrépito, muchos millones y nosotros conquistaríamos a las almas del Mogreb con mucho silencio, sin aparatos de honores y con muy poco dinero. Con mucha agua y algún jabón, con buenas raciones de alcuucz y enseñanzas proporcionadas al sexo y calidad de los niños y niñas, rebosantes de verdadero cariño, con eso sólo, Gobiernos que os sucedéis en España con la rapidez de escenas cinematográficas, nosotras, mujeres, que todo lo deseamos hacer por amor de Jesucristo y de la Divina Niña María, nosotras os entregaremos algo más de la mitad de las kábilas que los soldados dominan por la pura fuerza, y os las entregaremos, o mejor dicho, ellas se os entregarán, no por fuerza, no; serán vuestras por convencimiento, por amor que es el lazo más fuerte de todos los lazos para cautivar y civilizar a los pueblos.

Y esta verdad la llegamos a sentir con todas las fuerzas de nuestros corazones de vírgenes cristianas consagradas a la salvación de las almas, cuando meditábamos aquella hermosa razón que nuestro teólogo, el autor del incomparable libro *La Divina Infantita*, expone de este modo:

«Hoy, más bien que desorientaciones de la mente, se sufren extravíos del alma; así que hay que hacer más para ganar los afectos del corazón, que para persuadir de la verdad a la inteligencia y ¿podrá ofrecerse algo que más seduzca, que más llene el alma que la casi divinidad, oculta bajo la delicadísima forma de hermosísima niña? Ante la sonrisa de un ángel, la caricia de una niña y un ruego infantil se han dado por vencidos todos los corazones más duros y los hombres más varoniles; por eso, decidida la Santísima Virgen a ganarse el corazón de la humanidad, quiere ofrecerse como Niña a nuestra consideración, para imponerse con tanta fortaleza como con subyugadora debilidad se presenta, y así no haya quien, conociéndola, deje de declararse su esclavo y quien, amándola, no se sienta feliz siguiendo sus sencillas y humildes indicaciones, que son luz que ilumina, verdad viva que enseña y camino el más seguro para llegar, como dice el Bto. de Montfort, a la imitación perfecta de Jesucristo.»

Y cuando este universal sentimentalismo que hoy domina al mundo todo, lo aplicábamos en nuestros corazones a la sociedad agarena y especial a la rifeña y aun a la bereber y, más aún a las mujeres y niños del Mogreb, nos parecía ver a las unas y a los otros convertidos en hijos y esposas cristianas, niños todos de Cristo, que habiendo gustado las dulzuras de la Niña María, con los encantos de los niños llegarían a vencer a los tigres rifeños y bereberes hasta trocarlos en blandos corderos que se abrevan gustosos en las puras aguas que rebosan del divino tornajo de la Cruz de nuestro único y soberano Redentor.